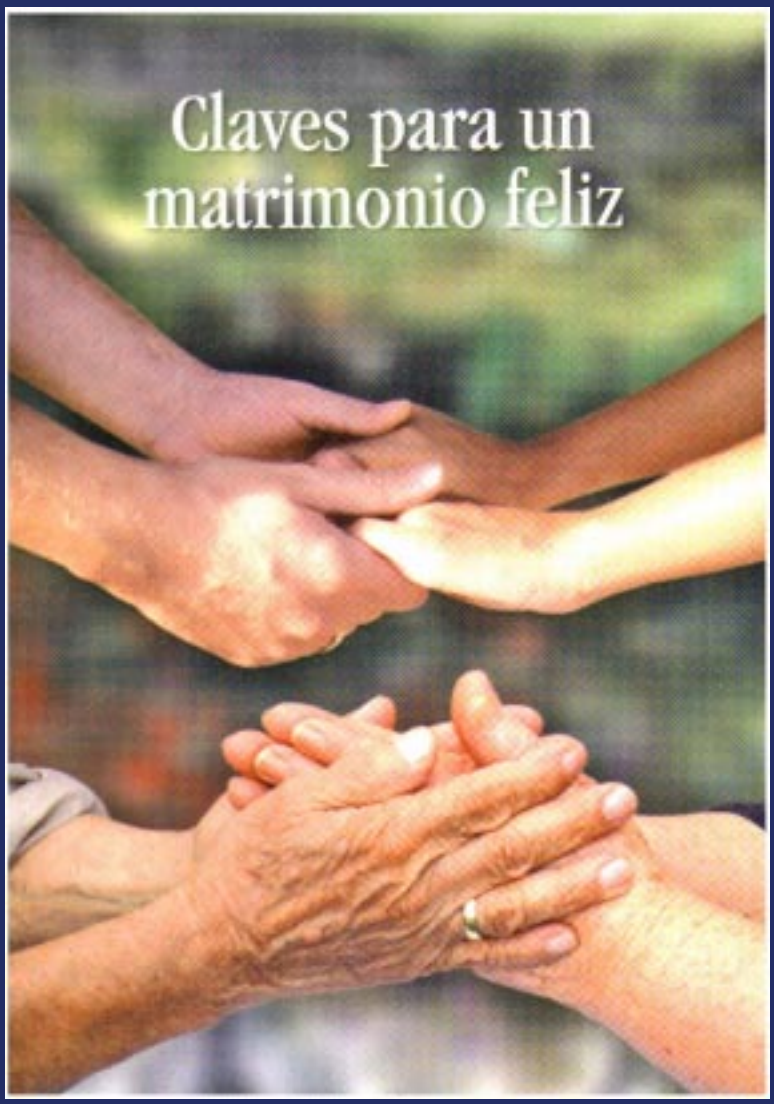
Dame tu mano... Toma la mía



ESPOSOS

HUMBERTO DÍAZ E ISABEL BOTÍA

Dame tu mano... Toma la mía

ESPOSOS
HUMBERTO DÍAZ E ISABEL BOTÍA

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares
del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Portada
Está inspirada en las manos de los padres
de Isabel, quienes a la fecha de la primera publicación
cumplían 60 años de casados; y en las manos del hijo mayor de los autores
y su esposa, quienes iniciaban su primer año de camino matrimonial.

Diseño de portada y diagramación:
Si Comunicadores
Calle 33 No. 78-77
263 8197
sicomunicadores@yahoo.com

ISBN Libro: 978-958-669-593-0
Este libro fue publicado por el autor en 2007

© Humberto Díaz e Isabel Botía
Calle 81 No. 74-12.
Tel. Ventas: 535 5505 • 5355506
contacto@unmatrimoniomejor.com
www.unmatrimoniomejor.com
Bogotá, D.C. • Colombia

A nuestros amados hijos, esos seres maravillosos que Dios nos dio como fruto de nuestro amor. Su apoyo y su acción evangelizadora han sido un aporte definitivo en nuestra misión como familia.

Anhelamos profundamente que lleven siempre en alto la bandera de la paz y encuentren la plenitud en el camino que Dios ha trazado para ellos.

A la memoria de mi amado padre quien sembró valores que han sido los pilares de mi vocación de servicio y dejó hermosos recuerdos que inspiran mi existir.

A mi amada madre y a mis queridos hermanos con quienes vivimos la experiencia de construir una familia cimentada en el amor.

Humberto

A mis queridos padres, que tomados de la mano en matrimonio por más de sesenta años, hoy nos siguen dando testimonio de amor. Ellos alimentaron mi fe para la hora de la prueba y me enseñaron a amar a Dios con todo mi corazón.

A mi apreciado hermano Julio Daniel quien, desde su servicio como sacerdote, ha sido fiel acompañante en nuestro camino misionero y a todos mis hermanos, hermanas, amigos y amigas que han sido apoyo y testimonio de servicio a los más necesitados.

Isabel

Al Padre Diego Jaramillo y a la Renovación Católica Carismática que tanto bien ha hecho a nuestra familia y a la Iglesia en general.

A nuestra muy apreciada comunidad de Hombres y Mujeres de Futuro Minuto de Dios, en donde encontramos amigos y amigas del alma, valientes sembradores del mensaje de reconciliación de la familia.

A las familias misioneras con quienes compartimos experiencias inolvidables que fortalecieron los cimientos de la vida familiar y la proyección en la misión universal.

Humberto e Isabel

ÍNDICE

Prólogo		11
Presentación		13
C**apítulo 1.**	Abriendo camino	17
Capítulo 2.	Sanación interior	27
Capítulo 3.	Dejar actuar al Espíritu Santo	39
Capítulo 4.	Limpiando el templo	55
Capítulo 5.	El sentido esperanzador del sufrimiento	77
Capítulo 6.	Tú y yo: Una nueva creación	93
Capítulo 7.	Familia misionera	105
Capítulo 8.	Al final del camino	127
Epílogo		141

PRÓLOGO

Humberto Díaz e Isabel Botía, los autores de este libro, forman una pareja matrimonial que tiene por fundamento y por cabeza al Señor Jesús.

Los esposos Díaz-Botía conocieron la Renovación Católica Carismática y han vivido la experiencia de Pentecostés, lo mismo que sus hijos, en la comunidad Hombres y Mujeres de Futuro, que los acoge como miembros fundadores y como directores. Precisamente, muchas de las experiencias y los testimonios narrados en este libro se han vivido en esa comunidad, fraternidad llena del Espíritu Santo, que es el amor de Dios derramado en los corazones.

Cuando el Espíritu Santo se hace presente en un hogar, su acción se manifiesta de cuatro grandes maneras: el amor paternal, el amor filial, el amor conyugal y el amor fraternal.

Ese amor que da Jesús por medio de su Espíritu es el que lleva a los esposos y a los hijos a superar los conflictos, las desilusiones y la apatía y los conduce a la comprensión, al perdón y al diálogo. Es el Espíritu de Dios el que renueva todas las cosas, el que posibilita esa maravillosa recreación que es una familia que llega a la plenitud del amor.

Es el Espíritu Santo el que da la posibilidad de enfrentar las situaciones difíciles: la pobreza, la enfermedad, el dolor y la vejez, y permite que, aun en medio de los problemas, la vida resplandezca con claridades de alegría, paciencia, bondad y paz.

Este libro es un itinerario que acompañará a muchas familias a través de ocho etapas que se recorrerán leyendo, meditando, orando, derramando lágrimas, sonriendo y, sobre todo, amando.

P. Diego Jaramillo, cjm
Presidente
Organización El Minuto de Dios

Bogotá, junio de 2007

PRESENTACIÓN

Cuando iniciamos nuestro matrimonio nunca pensamos llegar a escribir un libro para parejas y familias. Hoy plasmamos nuestra experiencia en este escrito después de recorrer por muchos años caminos que nos han permitido conocer situaciones propias y ajenas de la vida familiar y que nos han llevado a proponer elementos que fortalecen la relación de pareja. Estos principios fundamentales ayudarán a muchas parejas a superar las crisis que se presentan y lograr de esta manera que el matrimonio sea una aventura maravillosa digna de ser transmitida a nuestros hijos y a todo aquel que se quiera preparar para el final del camino.

Observando por un lado, familias que luchan por mantenerse unidas, familias que sobrepasan con confianza momentos difíciles y familias que llevan en alto la bandera de la fe, y por otro lado, familias que se desintegran y pierden el modelo que transmite seguridad y fortaleza, hemos decidido realizar este trabajo que trata aspectos clave en la sanación de las heridas, la reconciliación profunda consigo mismo y la superación de los obstáculos que se presentan como parte de la dinámica de la vida.

El objetivo es aprender a manejar las diferentes situaciones con la sabiduría que nos da el Espíritu Santo y de esta manera construir familias estables en donde se respire felicidad.

En el primer capítulo encontrarás las etapas por las cuales pasa todo matrimonio, las cuales van desde la gran ilusión y el enamoramiento que se da al comienzo, hasta los momentos de desilusión y muchas veces de pérdida de la esperanza, para luego encontrar la clave que te permitirá superar esos momentos difíciles y entrar en una nueva dimensión del amor.

El segundo capítulo es un recorrido por cada una de las etapas de la vida de la persona que permite profundizar en el autoconocimiento y en la sanación interior que realiza Jesús en cada persona. Se complementa muy bien con el tercero, con el cual hacen una amalgama perfecta, pues es el Espíritu Santo quien produce una transformación tan grande que realmente la pareja y la familia se convierten en Nuevas Parejas, Nuevas Familias, Nueva Sociedad. Esta nueva manera de ser y de pensar rectifica los conceptos equivocados de la vida de pareja –cuarto capítulo– y coloca el matrimonio cómo una creación de Dios y, por tanto, como una bendición. Describe concretamente qué es lo que nos impide ser felices y nos da a conocer la propuesta que Jesús nos hace para alcanzar la plenitud.

El desarrollo del quinto capítulo lleva al lector a encontrar la manera de manejar el sufrimiento y lograr la paz, a través de vivencias de la realidad que hemos visto en estos

años y de ejercicios que se pueden ir haciendo con la propia realidad, de tal manera que la lectura de este manual sea una experiencia que marque una huella indeleble en la vida.

"*La cuerda de tres hilos no es fácil de romper*" (Eclesiastés 4,9-12) es una de las frases con las cuales inicia el sexto capítulo, que encierra la alianza de amor de la pareja: "¡Tú y Yo: una nueva creación!" ¡Maravillosa creación! No es lo que tú crees o lo que yo creo, es una nueva creación, un nuevo diseño, una creación que sale de las manos de Dios y que se basa en el plan que Él tiene para cada uno, en recuperar la confianza, sembrar buenos recuerdos y dar sin esperar.

El recorrido por la vida de pareja se va ampliando y va cumpliendo su objetivo cuando se abre el panorama de la familia. Se puntualiza, en el séptimo capítulo, cómo la familia puede ser fermento de alegría para otros, mensajera del amor y concluye afirmando que la familia que siembra en abundancia recoge también en abundancia.

"Al final del camino", tema del último capítulo, da respuesta a las preguntas: ¿Estamos preparados para compartir nuestra vejez? ¿Qué vamos a hacer para que al final del camino nuestra vida sea de verdadero gozo y plenitud? Deseamos que todos lleguemos a este final pleno de felicidad y ayudemos a muchos a hacer lo mismo.

En este manual encontrarán situaciones reales, vividas por personas que han estado cerca de nosotros, las cuales incluimos para ilustrar los temas con testimonios. En estos casos hemos contado con la autorización de los protago-

nistas y sus nombres han sido cambiados o no se mencionan, para proteger su intimidad.

También se plasman experiencias que han sido recogidas por más de veinticinco años de apostolado, durante los cuales hemos recibido aportes valiosos a través de conferencias, libros, revistas, estudios realizados y enseñanzas de muchas personas que han influido sobre nuestra familia. A todos les agradecemos de corazón y les reconocemos el excelente aporte que han hecho a nuestra vida y a la realización de este material.

La propuesta que ahora te hacemos, apreciado amigo o amiga, es que la lectura la hagas de una forma pausada, sin afanes, de tal manera que vayas asimilando cada uno de los temas. Al finalizar cada capítulo se propone una dinámica sencilla, que consiste en buscar un lugar en donde puedas estar en calma para responder algunas preguntas, hacer una oración, escribir algo y hasta para derramar una lágrima si tu corazón sensible te lo pide.

Te deseamos una inolvidable experiencia y le pedimos a Dios que te dé el tiempo, la disposición y la sensibilidad para explorar en tu interior y descubrir cómo puedes ser el camino a través del cual tu pareja y tu familia encuentren la felicidad.

Que María, con su intercesión, te acompañe en esta experiencia maravillosa.

¡Mucho ánimo!

CAPÍTULO 1

ABRIENDO CAMINO

"Ustedes son la sal de este mundo. Pero si la sal deja de estar salada, ¿cómo podrá recobrar su sabor? Ya no sirve para nada, así que se la tira a la calle y la gente la pisotea. Ustedes son la luz de este mundo. Una ciudad en lo alto de un cerro no puede esconderse. Ni se enciende una lámpara para ponerla bajo un cajón; antes bien, se la pone en alto para que alumbre a todos los que están en la casa. Del mismo modo, procuren ustedes que su luz brille delante de la gente, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a su Padre que está en el cielo" (Mt 5, 13-16).

Este texto, proclamado el 15 de agosto de 1980, el día de la celebración de nuestro matrimonio, ha iluminado de manera definitiva nuestra relación de pareja y la búsqueda del plan que Dios diseñó para nosotros.

Isabel y yo nos casamos, como tantas parejas, llenos de ilusiones y de sueños, con promesas de amor eterno y con el

firme convencimiento de que era para toda la vida. Lo que no sabíamos en aquella época es que el hecho de ser diferentes el uno del otro y provenir de hogares distintos, en donde se forjaron valores y prioridades que no siempre coinciden, nos exigiría en el futuro un período de acoplamiento mutuo, en el que cada uno aprende a conocerse a sí mismo y a conocer al otro.

A modo de ejemplo, a veces la pareja es semejante a un par de erizos, que un día se conocieron, se miraron con interés, sintieron una atracción mutua y se enamoraron. Al comenzar esta etapa de romance, la ilusión, el enamoramiento y la pasión se hacen presentes, pero no se ven o simplemente se ignoran las espinas que tiene el otro, de tal manera que al abrazarnos, al acariciarnos y al jurarnos amor eterno, nos acomodamos de forma que no sentimos los pinchazos ni nos molestan los "pequeños" defectos que percibimos en nuestra pareja.

Es en esta etapa cuando tomamos la decisión de unir nuestras vidas para siempre; es cuando creemos que ese gran amor superará todos los obstáculos. Y ante las advertencias de los padres, se nos escucha decir: "Yo lo haré cambiar, con mi amor él dejará la bebida o ella dejará el mal genio" y así se empieza a caminar, extendiendo este romance durante el primer tiempo de la vida matrimonial.

Sin embargo, con el correr de los días, los meses y los años, esas espinas, que siempre han estado presentes, comienzan a notarse cada vez más y lo que antes no incomodaba ahora comienza a ser una verdadera molestia. Los erizos ya

no se abrazan con la misma frecuencia de antes y junto a las espinas dolorosas, los problemas de la cotidianidad y la rutina, surgen los primeros asomos de intolerancia. Comienza entonces una **etapa de desilusión**. Es en este período en donde se evidencian los defectos del otro y tanto el hombre como la mujer comienzan a alejarse. En algunas parejas este período se agudiza por situaciones de infidelidad, alcoholismo, problemas económicos, exceso de trabajo, vicios y lo que muchos llaman el desamor. Es cuando la relación de pareja entra en crisis y desdichadamente muchos se quedan en esta etapa, tomando la decisión de separarse.

Son muchas las parejas que conviven, incluso por gran cantidad de años, y aunque duermen juntos, comen juntos, van al mercado los dos, caminan de la mano y aparentemente mantienen una buena relación, tienen áreas cerradas, en las cuales la comunicación es parcial o no existe, creándose un divorcio espiritual.

El divorcio espiritual se puede dar cuando los dos cónyuges, consciente o inconscientemente, optan por cerrar la comunicación en algunas áreas y no dialogan sobre temas clave de la relación o evitan compartir parte de sus vidas. También se da por iniciativa de uno solo, cuando se tiene algo que ocultar o porque no se permite que el otro conozca o participe de algunos aspectos importantes como los ingresos económicos, las decisiones sobre negocios, el trato con algunas personas que pueden ser parientes u otras con quienes se estuvo involucrado o involucrada sentimentalmente en el pasado.

Para identificar si hay divorcio espiritual en tu relación, revisa si se presentan alguna o algunas de las siguientes situaciones:

¿Hay soledad, desilusión, vacío en la relación?

¿Se encuentra más comprensión en otras personas que en el cónyuge?

¿Hay muchas actividades y programas independientes?

¿Se tienen alianzas muy marcadas con los hijos, padres hermanos o amigos?

¿Hay rutina en la relación?

¿Se detecta indiferencia por los problemas del otro?

¿Pasa mucho tiempo en que como pareja no comparten ir a cine, comer helado, etc.?

¿Hay continuos escapes a través de la televisión, deporte, trago, melancolía, perfeccionismo, espiritualización?

¿Hay insatisfacción para uno o para ambos en la relación sexual?

Si encuentras alguna o algunas de estas señales en tu relación, estas son como un campanazo de alerta para que busques cambios que permitan caminar hacia la unidad.

Afortunadamente el plan de Dios para la pareja es otro. Él quiere que vivamos unidos, construyendo una familia que se convierta en una comunidad de vida y amor. El pacto que hicimos el día de nuestra boda sigue y seguirá estando vigente frente a Dios. Los erizos, al encontrarse solos, comienzan a sentir frío, a añorar la presencia del otro y a buscarle solución a las diferentes situaciones que los alejaron. En muchas ocasiones, en la pareja es sólo uno de los dos el que da los primeros pasos en la búsqueda de soluciones y en la recuperación del otro. Es en estos momentos cuando se vuelven los ojos a Dios y con Él se consigue iniciar un camino de reconciliación, de acercamiento y de perdón. Y al volverse a unir, aunque las espinas de cada uno no hayan desaparecido del todo, llega el momento en que ya no solamente se toleran, sino que más bien se comprenden y se aceptan; entonces ya no se espera que el otro cambie su manera de ser para lograr la comprensión, sino que la búsqueda de esa armonía se consigue cuando se es consciente de que quien necesita cambiar "soy yo". La mayoría de las veces, al iniciar este cambio personal, el otro miembro de la pareja también va cambiando por la acción del Espíritu Santo, quien como un torrente de amor va inundando el corazón de cada uno y de la familia. En este momento se inicia una **etapa de júbilo** en la relación de pareja, donde al conocernos más, al haber superado situaciones de crisis, el

amor madura y se está preparado para construir nuestra casa sobre "roca firme". Esta etapa de júbilo es maravillosa; se empiezan a compartir más momentos juntos, a hablar de temas que antes habían sido dejados a un lado; se empiezan a comprender más los anhelos profundos de la otra persona, crece el romanticismo y sueños nuevos comienzan a hacerse realidad.

Es posible que en algunos momentos hayas llegado a pensar que los problemas que hoy tienes son únicos e insalvables y que la situación de tu hogar no tiene solución. Queremos decirte que nada es imposible para el poder de Dios. Mi esposa Isabel y yo hemos visto muchos milagros en parejas que se han reconciliado, luego de creer que no existía ninguna esperanza. El primer paso es permitir que el amor de Dios, a través de su Espíritu, actúe en tu vida, que Él sane las heridas y disponga los corazones y así podamos hacer vida lo que Jesús nos dice en Mt 19,6:

> *"De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre".*

Durante los tres primeros años de nuestro matrimonio tuvimos una buena relación de pareja, aunque hubo momentos difíciles ocasionados por mis llegadas tarde a la casa, y la mutua falta de atención del uno hacia el otro. Aunado a lo anterior, los conflictos ocasionados por la excesiva dedicación al trabajo, prioridad exagerada a compromisos la-

borales y a los amigos, algunas interferencias de las familias políticas en nuestra intimidad y en la construcción de nuestro propio estilo de vida y, sobre todo, porque no teníamos suficiente claridad en algunos temas clave de la relación.

Por esa época se presentó una de las peores crisis que hemos vivido en nuestro matrimonio. Ya el Señor había bendecido nuestro hogar con dos hijos varones y llevábamos una vida que considerábamos normal, pero nos hacía falta superar de una forma adecuada la etapa de acoplamiento que deben tener todas las parejas. Vino un período de alejamiento en donde se generaron heridas que pusieron en peligro la estabilidad de nuestro naciente hogar.

Todavía recuerdo la actitud de mi esposa, cuando en un momento de tristeza e incertidumbre me tomó de la mano y mirándome con mucho amor me dijo: "Juntos vamos a salir adelante". Nos pedimos perdón y en ese momento experimentamos la misericordia de Dios cuando cada uno escuchó de los labios del otro: "Yo te perdono". Ese fue el primer y definitivo paso en el camino de una vida de servicio a parejas necesitadas, que nos ha permitido unirnos cada vez más, recibir la bendición de otros dos hijos, tener la oportunidad de hablar del amor de Dios a hombres, mujeres, parejas y familias y dejarnos guiar por Él para que muchas familias encuentren el camino de la felicidad.

Ahora que estás leyendo y compartiendo nuestra experiencia matrimonial, y aunque no sabemos lo que ha pasado en tu vida, queremos decirte que por más grave que haya

sido la falta o la ofensa que hayas recibido o cometido en contra de tu pareja, donde hay perdón hay esperanza y ante un corazón arrepentido, la misericordia de Dios no se hace esperar y tú puedes ser instrumento para hacerla realidad. Cuando una persona nos falla, Dios la pone en nuestras manos para rechazarla, sacarla de nuestra vida o para que al perdonarla se reconstruya una vida o un hogar.

Son muchos los hombres y mujeres que acuden en busca de ayuda tratando de salvar su hogar. En varias ocasiones mi esposa y yo nos hemos enfrentado ante situaciones que parecen irremediables y en muchas otras circunstancias a situaciones simples que se asemejan a una tormenta en un vaso de agua. En ambos casos tenemos testimonios sorprendentes de hogares que se restauran. Todo depende de tu actitud ante la situación, de tu voluntad en dar los pasos que sean necesarios para solucionarla y de que se abra la puerta del corazón para permitir que Dios haga su obra.

Es posible que hasta el día de hoy hayas luchado con tus propias fuerzas, tratando de arreglar tu relación de pareja por la vía de los gritos, los reclamos, las peleas y hasta en los tribunales; pero ahora, nosotros, ya renovados por la misericordia de Dios a través de la fuerza y el poder del Espíritu Santo, perdonados y felices en la comprensión y armonía matrimonial, te hacemos una propuesta diferente a la que estás acostumbrado o acostumbrada. Guarda un poco de silencio, deja que se apacigüen los pensamientos, recuerda todos los momentos bellos que has vivido con tu pareja y piensa en las necesidades que ella tiene; reconoce que tanto

ella como tú, antes de conocerse, tuvieron un pasado con situaciones difíciles en el que se recibieron heridas y humillaciones, donde hubo soledades, rechazos y tal vez mucho dolor.

Piensa en lo que haría Jesús en este momento, en lo que Él hizo con la mujer sorprendida en adulterio, la acogió con amor y le dijo:

> *"... Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado? Ella le contesto: Ninguno, Señor. Jesús le dijo: Tampoco yo te condeno; ahora, vete y no vuelvas a pecar" (Jn 8, 10-11).*

Ahora, vamos a iniciar una dinámica que estará presente durante todo este relato, para que esta experiencia se convierta en un taller que te permita revisar diferentes aspectos de tu vida, reflexionar sobre ellos y tomar decisiones realmente trascendentales. Busca un lugar apacible en donde puedas estar a solas, sentirte libre para expresar tus sentimientos y en donde no tengas interrupciones por un buen rato. Suspende aquí la lectura y dedica unos minutos a responder estas preguntas:

¿Estás dispuesto o dispuesta a luchar por tu matrimonio?

_____

¿Estás en disposición de perdonarte a ti mismo o a ti misma, y perdonar tu pasado?

_____

¿Estás dispuesta o dispuesto a darle una nueva oportunidad a tu pareja y perdonarla por todo lo que ha pasado, sea lo que sea?

¿Estás dispuesto o dispuesta a pagar el precio? Es decir, ¿a renunciar a todo aquello que se convierte en una interferencia para lograr la felicidad: el orgullo, la violencia, la dureza de corazón, el egoísmo, el rencor, la hipocresía y el espíritu conflictivo?

Si te has declarado dispuesto o dispuesta a empezar una nueva y bella aventura de amor, continúa conociendo cómo hacerla realidad.

CAPÍTULO 2

SANACIÓN INTERIOR

"El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor" (Lc 4, 18-19).

Son muchos los hombres y mujeres que llevan sobre sus hombros pesadas cargas durante muchos años. No importa la edad, no importa el tiempo transcurrido, sus vidas están marcadas por episodios que les dejaron profundas heridas que determinaron su comportamiento, su actuar y hasta su falta de felicidad.

Desde el mismo momento de la concepción estamos recibiendo influencias externas que quedan grabadas en nuestro inconsciente. No sabemos exactamente qué pasó en ese momento, si fue una relación llena de amor y de ternura o si, por el contrario, hubo violencia, irresponsabilidad o des-

interés. Y en ese instante, cuando el espermatozoide se unió con el óvulo, Dios, con su infinito poder, tomó una parte de su naturaleza y te la dio a ti para darte la vida. Desde ese mismo instante comenzaste a sentir, a percibir todo lo que tu madre recibía, de tal manera que comenzaste a compartir sus emociones, sus experiencias positivas y negativas y todo fue grabándose paso a paso en ti.

Cuando tu mamá se enteró de tu presencia, ¿qué pasó? ¿Hubo alegría o fue un momento de angustia, de temores? ¿Qué pasó cuando ella le contó a tu papá, si es que pudo hacerlo? ¿Cómo reaccionó él? ¿Con felicidad? Es probable que así haya sido, pero también es posible que hayas recibido rechazo con respuestas como ésta: "Ese hijo no es mío; no le vaya a contar a nadie; ¡otro hijo más!, no puede ser; tiene que abortar; ese es problema suyo; con esta situación que estamos pasando, ¿qué vamos a hacer?". Y, en fin, cuantas respuestas más pueden existir, quizás las mismas que tú recibiste o diste cuando te enteraste que un hijo tuyo había sido concebido.

Con el transcurrir de los días, a medida que la figura de tu mamá cambiaba, porque tú estabas creciendo, seguiste recibiendo todo el amor que ella y tu papá te prodigaban, así como las angustias, temores e indiferencia que ellos expresaban. Cuando llegó el momento de tu nacimiento se completó una primera etapa; llegó el momento de ser recibido o recibida por toda la familia. Desdichadamente el rechazo es algo que está presente en muchos instantes de la vida, bien porque fue niña y se esperaba un niño o vicever-

sa, o porque las características propias no eran las esperadas y así se comienzan a recibir heridas y humillaciones desde la niñez.

Al escuchar a hombres y mujeres que abren su corazón y nos comparten diferentes situaciones, nos hemos dado cuenta que ninguno de nosotros está exento de haber tenido experiencias traumáticas que nos marcaron, unas más profundamente que otras y algunas que aunque parezcan ridículas, dejaron heridas tan hondas como las de nuestro amigo Roberto.

Él nos cuenta que a la edad de 9 años, en una fiesta familiar, un chiste de uno de los mayores lo puso en ridículo frente a todos. Este pequeño incidente fue el inicio de una carrera de alcohólico, que a los 35 años lo llevó a internarse en una clínica especializada, después de haber cometido graves errores en su vida y de haberle causado a su familia inmenso dolor y sufrimiento. Todo empezó cuando uno de sus tíos le dijo en voz alta, de tal manera que todos los presentes oyeran: "Muchacho, cierre la boca que raya el piso". Roberto no entendió lo que pasaba; sólo se dio cuenta que era el centro de las burlas de todos; salió corriendo para el baño y al mirarse al espejo se dio cuenta, por primera vez en su vida, que sus dientes eran grandes y no tan bonitos como los de otros niños. Cuando salió del baño nadie se enteró de su dolor y desde ese día no volvió a sonreír, como se puede comprobar en las fotos del álbum familiar. Tres años después, en otra fiesta familiar, descubrió algo cuando a escondidas se tomó los sobrantes del licor que quedaba

en las copas. A los pocos minutos se sintió desinhibido, ya no le dio más pena, pudo reírse con aparente libertad y hasta hacer chistes y bromas a los demás.

A partir de ese instante, cada vez que tenía oportunidad, se tomaba unos tragos, hasta que desarrolló una adicción al alcohol. Fue algo aparentemente intrascendente que lo marcó en gran manera y lo afectó durante gran parte de su vida. Gracias a Dios, hoy se siente un hombre nuevo, sanado y liberado por el poder del Espíritu Santo de Dios; es un líder que está comprometido con el anuncio del evangelio. Pero, ¿cuántos hombres y mujeres, que han recibido heridas profundas desde la niñez, están hoy sumidos en vicios y esclavitudes de las cuales no han podido salir?

De otras personas hemos conocido situaciones de violencia inaudita de la cual fueron víctimas en su niñez, al recibir maltratos físicos, abandonos y soledades.

Son muchos los hombres y mujeres que fueron violentados en su sexualidad, cuando un familiar cercano, o un amigo de la familia, o un vecino, se aprovecharon de un ser indefenso y cometieron abusos que posiblemente nadie conoció.

Pesan mucho también los recuerdos que quedaron grabados al presenciar violencia en la familia; la impotencia e indefensión ante los maltratos a la mamá o a los hermanos, o las heridas recibidas por parte de los padres al preferir a uno u otro de los hermanos; o cuando tuvimos que quedarnos con la ropa vieja o ver, con rabia e impotencia, que lo

que tenían destinado para nosotros lo usó la hermana o el hermano mayor.

Igualmente, en la época del colegio estamos expuestos a recibir heridas y humillaciones por parte de profesores y compañeros, que pueden habernos rechazado, puesto en ridículo, maltratado o abusado.

Luego viene una etapa especialmente crítica y llena de situaciones nuevas. Es la adolescencia, en donde se da el despertar a sensaciones nuevas, al amor, a los sueños y a las ilusiones. ¿Qué pasa en esos años? También hay rechazos y maltratos. Muchas mujeres ilusionadas entregan su virginidad sintiéndose enamoradas y luego se ven abandonadas y utilizadas. A muchas las sorprende un embarazo y ante la noticia quedan solas enfrentando todos los problemas. Muchos muchachos, superando la timidez, se arriesgaron a conquistar a una joven y fueron puestos en ridículo. Algunos, por un error garrafal de los mayores, fueron inducidos a tener experiencias sexuales o de tragos, creyendo que esto los ayudaba a formar; lo que ocurrió fue que terminaron con una idea equivocada de la vida y quedaron marcados por recuerdos o vicios que los hicieron desgraciados.

Luego viene la época de estudios superiores, de la vida laboral y siguen apareciendo los rechazos y las frustraciones.

Aparece entonces, para casi todos, la vida de pareja. Se inicia una relación matrimonial con grandes ilusiones y de un momento a otro se descubre que las cosas no son como se habían soñado; aquí también se presentan maltratos, in-

fidelidades, abandonos y, en fin, una serie de dificultades que hieren y lastiman y muchas veces hacen pensar que no vale la pena la vida. La desilusión puede haber comenzado desde el mismo día del matrimonio, al ver que la pareja no era exactamente como uno se la había imaginado. Al terminar la etapa del noviazgo, en donde de una u otra forma siempre se estuvo de visita o tratando de mostrar al otro nuestra mejor faceta, nos vemos enfrentados a la realidad de aprender a vivir con otra persona, que es elementalmente diferente en gustos, prioridades, esencia y detalles.

Pues bien, nosotros no sabemos lo que ha pasado en tu vida. Lo que sí sabemos es que hay esperanza y que Jesucristo pasó haciendo el bien y sanando. Él vino por ti y Él siempre ha estado esperando que le abras la puerta de tu corazón para entrar y sanarte.

Quizás cuando empezaste a leer este libro tenías la expectativa de encontrar consejos y alternativas para plantearle a tu pareja, pero ahora queremos decirte que el camino de restauración del hogar empieza por ti. Si permites que el Señor te sane, podrás mirar con otros ojos la situación que hoy estás enfrentando.

Si estás dispuesto o dispuesta a enfrentar con valentía lo que ha sido tu vida pasada, tendrás una oportunidad; no importan los años que tengas hoy, los que importan son los que quedan por vivir. También puedes hacer como aquella persona que ignora las señales de advertencia que le muestra el tablero de instrumentos de su vehículo creyendo que al hacerlo, el peligro no existe.

Te proponemos que dispongas tu corazón para que el Señor haga su obra. Busca un lugar propio para continuar la lectura, en donde puedas estar en soledad, sin presiones de tiempo ni interrupciones, y vamos a entrar juntos en una experiencia que, si tú lo permites, partirá tu vida en dos.

Para empezar, invoca la presencia de Dios en este instante diciendo:

"Señor Jesús, yo te necesito. Tú conoces toda mi vida, aun desde el vientre de mi madre. Te pido que reconociendo mi necesidad, estés presente en este momento aquí conmigo. Envía tu Santo Espíritu y dame el valor de enfrentarme conmigo, con mi pasado, con mi dolor, con mis frustraciones, mis heridas y mis culpas".

Ahora trae a la mente las heridas y humillaciones más graves que hayas recibido; no importa el dolor. Si sientes deseos de llorar, por favor no los reprimas; deja que las lágrimas rueden por tus mejillas y que al caer limpien los recuerdos. Procura identificar las situaciones más dolorosas, recorriendo las diferentes etapas de tu vida. Lo que pasó en la infancia, en la adolescencia, en la juventud, en la edad adulta. Lo que ocurrió en la casa, en el colegio, en la universidad, en el trabajo, en tu relación de pareja. No dejes pasar ni una sola etapa de la vida y aprovecha este instante como una ocasión especial y única.

En este momento puedes hacer una pausa para que venga a tu recuerdo todo lo que te ha causado dolor.

Ahora toma cada una de las situaciones que has recordado y entrégaselas a Jesús. Imagina por un instante que el rostro de Él está frente a ti, que Él tiene las manos extendidas y te está diciendo: "Entrégame tu dolor, entrégame tus frustraciones, tus culpas, entrégame todo lo que te ata, lo que te esclaviza". Y tú, en un acto de humildad, como el niño que se entrega confiado en los brazos del papá, le entregas todo. Le dices: "Gracias, Señor, por recibir todo lo que he cargado hasta hoy. Yo por fe te entrego todo y me declaro libre".

Piensa en las personas que estuvieron asociadas con estas heridas y humillaciones. Tómalas una por una y déjate invadir una vez más por la presencia del Espíritu Santo de Dios. De seguro ellos te causaron injustamente ese dolor; pero lo más grave es el daño que te han hecho el rencor y el odio que has dejado anidar y crecer en tu corazón.

Dile al Señor con decisión, con fe:

"Señor, yo quiero arrancar de mí todo sentimiento de odio y de rencor. Te pido que me des un corazón perdonador; quiero empezar aquí y ahora.

Perdono a mi papá y a mi mamá por todo el dolor que me causaron: por las injusticias que cometieron conmigo, por el abandono, la ausencia, la indiferencia. Por no haber estado en el momento que yo los necesité. Por las veces que me compararon con los demás o por las ocasiones en que me sentí relegado o relegada a un segundo o tercer lugar, al preferir a uno de mis hermanos o a otra persona. Perdono

la violencia que ejercieron sobre mí: los maltratos físicos y sicológicos, los irrespetos contra mi cuerpo, mi mente y mi espíritu. La inseguridad que viví cuando me daba cuenta que la estabilidad de la familia estaba amenazada. La rabia, el dolor y la impotencia que sentí cuando presencié o me enteré de maltratos entre mis padres, también los perdono".

En este momento puedes quedarte en un instante de quietud, para que vengan a la mente situaciones específicas que te causaron dolor con relación a tus padres. Reconoce que ellos te dieron muchas cosas lindas, pero acepta que hubo otras que te hicieron daño. Y en este momento estamos sanando precisamente raíces profundas. Luego de recordar episodios que te hicieron sentir muy mal, expresa en voz alta y de corazón: "¡Yo te perdono, mamá; yo te perdono, papá!". Al finalizar esta acción, da gracias a Dios por tus padres y pide una bendición para ellos.

No vayas a perder la vivencia de este momento. Ahora identifica a las otras personas que estuvieron relacionadas con las heridas y humillaciones que recibiste y toma la decisión de dar un paso fundamental en tu vida, diciendo: "Perdono totalmente a quienes me causaron daño". Detente por un instante en cada una de las personas que vayas recordando. Repite su nombre en voz alta y vas diciendo: "En el nombre de Jesús, yo te perdono por el daño que me causaste, (enumera los motivos), por mi parte ya no guardo ningún resentimiento hacia ti. Entrego todo el dolor y el recuerdo en las manos de Jesús y me declaro libre de esa carga; ¡yo te perdono!".

Repite esta parte cuantas veces sea necesario, con cada uno de los nombres que han venido a tu memoria.

Quédate nuevamente en un momento de quietud y disfruta la paz que comienza a invadir todo tu ser. Respira profundamente una y otra vez.

Ahora vamos a dar un paso trascendental:

Tal vez durante mucho tiempo te has atormentado recordando los errores cometidos, los pecados en los que caíste en un momento de debilidad o de ceguera. Te has castigado muchas veces recriminándote por la falta, y posiblemente hasta has llegado a decir: "Yo no tengo perdón de Dios, no lo merezco".

Ten muy presente que la muerte de Jesús en la cruz, también fue por ti. Que la sangre que Él derramó alcanza para cubrir tu vida, tus faltas y que, ante un corazón arrepentido, Él es un caudal de misericordia.

Imagina por un instante que Jesús te extiende los brazos y te dice: "Ven a mí" y en respuesta, con humildad, te dejas caer en ellos y Él te acoge contra su pecho. En este momento sublime le vas a entregar todas las cargas que te han atormentado hasta hoy. Quédate en silencio y ve trayendo a tu recuerdo todas las situaciones en las que cometiste faltas que no te han dejado en paz: contra tu propio cuerpo o contra otra persona, por acción o por omisión. Y dile: "Señor, perdóname".

Toma el tiempo que sea necesario para esta parte. Aprovecha este instante de intimidad con Jesús y suelta todo lo

que tengas; deja que las lágrimas rueden por tus mejillas y siente la sanación a medida que éstas caen y que los minutos pasan.

Ahora dile con certeza y decisión: "Señor Jesús, acepto que tu muerte fue por mí. Declaro mi total arrepentimiento por las faltas cometidas y recibo tu perdón, tu misericordia y me declaro libre. Gracias, Señor, por tu bondad, gracias por redimirme y gracias por acogerme en tus brazos".

Vuelve a tener un momento de quietud y de silencio, porque ahora Él te quiere hablar. Él te habla en el silencio, en la paz que ahora sientes, en los sonidos que hay afuera, en los pensamientos que vienen a tu mente.

Piensa en los tuyos, en tu familia, en tus amigos y dale gracias a Dios por cada uno. Descubre lo que tú significas para ellos; abre tu corazón para dejarte amar, para valorar todo lo que ellos te aprecian, lo que significas para los demás. Ahora prepárate para ir a buscarlos, especialmente a aquellos con quienes tienes que reconciliarte, pedirles perdón y decirles lo mucho que significan para ti.

Recuerda, la clave de la sanación está en el perdón; es un beneficio de doble vía. Cuando tú perdonas sientes paz, vuelve a ti la felicidad, recibes la gracia de Dios y se sanan tus recuerdos, tus pensamientos, tu historia. Cuando vas hacia las otras personas y ellas escuchan de tus labios un "te pido perdón", sin ninguna justificación de tu parte, ellos también se sanan, así en ese momento haya rechazo o no entiendan lo que está ocurriendo; pero en su interior recibi-

rán ese bálsamo, ese refresco espiritual que se siente cuando se escucha decir "perdóname".

Este proceso de búsqueda de la paz interior a través del perdón debe ser recibido y sellado en el sacramento de la reconciliación, en donde recibirás del sacerdote la absolución por tus pecados y empezarás a disfrutar de una paz tan especial que te invadirá totalmente.

CAPÍTULO 3

DEJAR ACTUAR AL ESPÍRITU SANTO

"Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt 11, 28-30).

Reflexiona lo siguiente: ¿Te has puesto a pensar, aunque sea por un momento, en lo que ha sido la historia de vida de tu pareja antes de que se conocieran? ¿En su historia familiar, lo que vivió desde el día de su concepción en el vientre materno, luego en los años de infancia, de juventud y aun en la edad adulta? ¿Te has preguntado cuántas heridas, maltratos y humillaciones ha sufrido y soportado?

El hecho de reflexionar sobre estos cuestionamientos, nos ha ayudado a entender que el problema que se vive a nivel individual se traslada luego a la relación de pareja, crean-

do a veces un caos que no permite una comprensión mutua entre los esposos.

Frente a la realidad de las parejas que a diario vienen a compartirnos sus malos momentos en busca de una voz de aliento y una solución, hemos comprendido que el camino de restauración comienza desde la historia de vida particular y familiar de cada uno; pues al no superar o sanar las heridas de esta historia personal, sus consecuencias afectan todas nuestras relaciones, convirtiéndose en los cimientos de los muros que más adelante se levantan para separar a la pareja. Se hace, entonces, necesario entender y comprender a la pareja desde su historia personal, que generalmente es compleja y dolorosa. Y ver que a pesar de sus defectos y gracias a sus virtudes, esa persona nos ama y nos ofrece lo mejor que puede, aunque no nos demos cuenta de ello, e incluso no nos parezca suficiente. Es entonces cuando todos estos problemas no resueltos comienzan a utilizarse provechosamente, para derribar esos muros que antes distanciaban a los esposos.

Al mirar al otro como un ser necesitado de afecto y de comprensión, que ha cargado inconscientemente durante toda la vida con un lastre de problemas aún sin resolver, se abre la posibilidad de entenderlo y también de mirar hacia nosotros mismos para aceptar que al igual que él o ella, vivimos experiencias que marcaron nuestra vida de manera positiva o negativa.

Es más difícil emprender el camino de la restauración de una pareja y de un hogar, si no se ha hecho primero un

proceso de sanación interior individual. Esto lo descubrimos después de haber trabajado en un apostolado con parejas y familias durante más de 12 años y luego de haber conocido diversas experiencias en donde, a pesar de haberse dado un proceso de diálogo, de perdón y haberse prometido una nueva vida, no había una verdadera actitud de cambio. Con frecuencia, las parejas vivían una segunda luna de miel, que, como su nombre lo indica, se caracteriza por ser corta, pues luego de un tiempo se volvía a la misma rutina, a los mismos disgustos o se llegaba a un acuerdo tácito de "seguirse soportando", con la diferencia que ahora se conocían un poco mejor.

¿Qué es lo que marca realmente la diferencia? ¿Cómo es posible alcanzar lo "imposible"? Es posible hacerlo cuando nos entregamos a Jesús, nos dejamos transformar por Él; es posible con la presencia y la acción del Espíritu Santo que vuelve a darnos vida, a sanarnos, a renovarnos, a hacer de nosotros personas totalmente nuevas.

¿Y cómo obra Él?

En alguna ocasión, cuando conversaba con la mamá de Isabel, ella me explicaba en un lenguaje sencillo y muy descriptivo cómo entendía el accionar del Espíritu Santo. Me dijo: "Es como una paloma que se anida en el corazón de la persona y cuando en ese palomar hay dolor, malos recuerdos, rencores, odios, vicios, pecados ocultos, es decir, basura, la paloma bate sus alas y limpia, saca de adentro todo eso que impide ver con claridad la vida".

Sí, la diferencia se marca al permitir que el Espíritu Santo de Dios actúe en nuestra vida. Así como narra el libro de los Hechos de los Apóstoles, en el día de Pentecostés, cuando estaban reunidos los apóstoles en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos:

> *"De repente vino del cielo un ruido como de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse" (Hch 2, 2-4).*

A partir de ese momento ellos dejaron los temores, recibieron dones, el poder y la fuerza del Espíritu Santo cayeron sobre ellos y salieron con valentía a anunciar el Evangelio y a enfrentar todas las situaciones adversas, persecuciones, rechazos, incomprensiones, desilusiones, traiciones, maltratos y, en fin, todo lo que tú también has experimentado. Hoy podemos decirte que el Espíritu Santo también es para ti, que no fue sólo para los Apóstoles el día de Pentecostés, sino que está siempre dispuesto a actuar en tu vida.

El Espíritu Santo nos fue prometido por Jesús:

> *"Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora en vosotros y en vosotros está" (Jn 14, 14-17).*

Así como se alista la casa para recibir la visita de un ser querido o de una persona importante, así mismo tú debes preparar tu vida, tu cuerpo y tus pensamientos, para que ese ser maravilloso que habita en ti, el Espíritu Santo de Dios, pueda actuar en tu vida con poder.

Para nosotros fue como quien descubre una inmensa gama de posibilidades nuevas, después de caminar durante muchos años en un apostolado en donde conocíamos la existencia del Espíritu Santo, pero no habíamos experimentado su accionar en todo su esplendor; comenzamos a conocerlo más en la Renovación Católica Carismática, a experimentarlo en nuestra vida, en nuestra familia, en la comunidad de Hombres y Mujeres de Futuro en la cual servimos actualmente y donde hemos vivido momentos gloriosos y momentos difíciles, pero siempre encontrando esa calidez, esa fuerza, ese amor entre todas las personas y, sobre todo, una inmensa fidelidad y respaldo de Dios.

Hasta el año 1995 podemos decir que la vida había transcurrido sin mayores sobresaltos. La nuestra era una rela-

ción de pareja estable que había crecido mucho, después de habernos perdonado y de haber iniciado un trabajo con parejas y familias, dando testimonio en muchas partes de Colombia, promoviendo y coordinando encuentros de "Familia Misionera" en diferentes lugares. Veíamos crecer a nuestros hijos en un ambiente social muy difícil y procurábamos que en nuestro hogar se mantuviera un buen espacio en donde la familia creciera en el amor, la comprensión y la fe. Recordando estas experiencias maravillosas hoy damos infinitas gracias a Dios porque el habernos consagrado desde entonces a ser familia misionera, dejó en nuestros hijos la semilla de servir a otras personas y anunciar a Jesús Resucitado; estas experiencias y otras recibidas en la comunidad les ha fortalecido su liderazgo como Jóvenes de Futuro.

En cuanto a nuestra vida laboral, la que nos daba para el sustento diario, la vivienda y el vestido, podemos decir que se había desarrollado con muchas bendiciones, sin llegar a tener grandes capitales, pero sí, habiendo logrado un buen desarrollo profesional. Isabel se desempeñaba coordinando talleres a padres de familia y a profesores en varios colegios y yo había logrado ascender hasta un importante cargo en una compañía multinacional.

Cuando creíamos que en el área de la economía ya todo estaba solucionado, vinieron cambios inesperados y de un día para otro me vi afectado por un delicado estado de salud. En la empresa donde estaba se inició una crisis, hubo cambios en la alta dirección de la casa matriz y de un día para otro nos vimos sin lo que considerábamos era nuestra

seguridad económica. Comenzamos a mirar diferentes alternativas y a hacer los ajustes necesarios en nuestra amenazada economía familiar.

Por esos días Isabel asistió a un seminario de vida en el espíritu en la Renovación Católica Carismática, en donde recibió enseñanzas acerca del actuar del Espíritu Santo que luego me compartió con gran entusiasmo. Seguimos recibiendo enseñanzas de diferentes fuentes, que nos daban a conocer la grandeza de la acción del Espíritu Santo en la vida de una persona, una familia, una comunidad y en la Iglesia en general.

Desde ese mismo día se abrió para nosotros una nueva puerta y comenzó el descubrimiento de ese ser maravilloso, de esa tercera persona de la Santísima Trinidad que está prometido por Jesucristo para todos nosotros. Descubrimos otras dimensiones de la oración y se abrió aún más nuestro corazón para acercarnos a la fuente de vida que se encuentra en las Sagradas Escrituras y en la Eucaristía. De esa manera comenzamos a conocer lo maravilloso que es vivir conforme al Espíritu Santo de Dios.

Se conjugaron dos etapas preciosas: la primera fue la siembra fundamental, necesaria y valiosísima que hizo el hermano de Isabel, el padre Julio Daniel Botía, quien sentó las primeras bases de la misión o servicio a que estamos llamados y que fortaleció inmensamente nuestra familia y nuestra función evangelizadora específica como cristianos; y la segunda fue esta decisiva etapa de conocimiento de la Renovación Católica Carismática, centrada en una vida en

Jesucristo por medio del Espíritu. Todo esto gracias a la misericordia de Dios y a la generosidad de las personas que Él ha ido poniendo en nuestro camino.

Una tarde de septiembre de 1996 sucedió algo tan importante para nosotros que hemos pensado que debemos compartirlo contigo:

Estaba Isabel en el cuarto de nuestros hijos en un momento de oración, cuando de repente empezó a sentir la presencia de Dios, una suave y cálida brisa en todo su ser, le habían dicho que el Espíritu Santo era tan real y podía hacer sentir su presencia de muchas maneras, para ella ese momento fue de una plenitud tan grande, a tal punto, que no quería salir de allí sino seguir y seguir invadida de esa presencia maravillosa que le impulsaba a amar muchísimo a Jesús, pues sentía su abrazo profundo y la realidad de su presencia. Era tal el gozo que las lágrimas que brotaban de sus ojos eran de gratitud, alabanza e intimidad con el Padre.

Esa experiencia sublime de Dios ha marcado su vida de una manera muy especial. El espíritu misionero y evangelizador que desde siempre ha tenido se ensanchó y empezó a invitar a muchas personas, hombres y mujeres a entrar en experiencias profundas de una vida conforme al Espíritu.

¡Qué riqueza nos fue mostrando el Señor! Aprendimos que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad, no porque sea tercero en rango o porque tenga menor importancia que el Padre o el Hijo, Él es el tercero en cuanto a su funcionalidad, pues el Padre diseñó el plan

de salvación, el Hijo lo ejecutó y ahora el turno es para el Espíritu Santo, cuya tarea es hacerte santo, ayudarte a dejar el pecado, crear en la persona la necesidad de Dios y la necesidad de salvación.

El apóstol Pedro, impulsivo y cobarde, que negó a Jesús tres veces, después de su experiencia con el Espíritu Santo el día de Pentecostés, fue transformado en un hombre valiente que predicó y dio testimonio a multitudes.

Nos preguntábamos cómo ser ungidos, saturados del Espíritu Santo y la respuesta la encontramos en éste texto de Juan 7, 37-38:

> *"Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba: el que crea en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva".*

El principal requisito para ser lleno del Espíritu Santo, es tener sed, es decir, un deseo profundo y una necesidad sentida y consciente de ser lleno de Dios.

En el corazón de todo ser humano hay un vacío que sólo puede ser lleno o satisfecho por la presencia de Dios. Dios creó al hombre para habitar en su presencia, la ausencia de ella crea caos, desorden y vacío o necesidad que sólo Él puede suplir.

La presencia poderosa del Espíritu Santo, del Dios-Amor en nuestro ser nos da una valentía tan grande como la que le dio a los apóstoles para salir a todas partes a anun-

ciar la grandeza del amor de Dios experimentada al lado de Jesús, es la valentía propia de quien es feliz y está seguro: la valentía de hablar, de cantar, de proclamar por todo el mundo "las grandezas de Dios". Los apóstoles recibieron con plenitud la gracia del Espíritu Santo y la transformaron en un gozo tan grande que, al proclamar las maravillas del Señor, dan la sensación de estar embriagados, pero no hay tal, la embriaguez es del gozo de la salvación, es la alegría de la intimidad con Dios mismo.

La presencia del Espíritu Santo te santifica, te da la gracia de ser Hijo de Dios, te llena de gozo, vives con una alegría permanente, aún en medio de los sufrimientos, es una experiencia intensa que abarca toda la persona y todas las circunstancias y que se manifiesta espontáneamente. El Espíritu Santo nos quita el miedo, nos da poder para anunciar el evangelio y para dar testimonio de que Jesús vive, que murió y resucitó y está entre nosotros.

Cuando lo recibimos empezamos a no estar atrapados por seguridades temporales (cuánto dinero tengo, cuántos títulos, casas, carros), sino en una profunda adhesión a Jesucristo que es quien nos da todo en el momento en que lo necesitemos.

Es tan preciosa la presencia del Espíritu Santo que nos hace las personas más valientes que existen, nos quedamos sorprendidos de cómo manejamos ahora los problemas, la economía, las decisiones, todo, absolutamente todo sin tanto desgaste, tanta ansiedad o angustia. Es realmente volver a Nacer.

Esa experiencia profunda, diaria y permanente con el Espíritu Santo nos induce a la oración, queremos permanecer con Él, nos abre la sed de la Palabra, de la Eucaristía, de la fraternidad. Nos da discernimiento para entender la Palabra de Dios, y tomar decisiones acertadas, y es tal la poderosa acción del Espíritu que nunca más, si somos fieles a Él, volveremos a ser los mismos que antes. De personas inseguras, tímidas, malgeniadas, desorientadas, Él diseña obras de arte; líderes que construyen familias sanas, alegres y felices.

Aprendimos luego felizmente que el gran Don del Espíritu es para todos y en todos los tiempos.

El Espíritu Santo nos une en comunidad:

> *"Yo les he dado la gracia que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que yo les he amado a ellos como tú me has amado a mí" (Jn 17,22-23).*

El Espíritu produce amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio (Ga 5,22), y como regalo especial nos da dones que Él mismo desarrolla para edificar a la familia y la comunidad.

Mi esposa empezó a conocer cada vez más el tema de la Renovación y, sobre todo, lo que significa una vida conforme al Espíritu. Entonces yo fui recibiendo lo que ella me com-

partía al llegar a casa, luego nuestros hijos y otros familiares; hoy puedo decir que de esa forma el Señor fue preparando mi corazón para el trabajo que se dio un tiempo después.

> *"Los caminos de Dios no son nuestros caminos, ni sus pensamientos son nuestros pensamientos" (Isaías 55,8).*

Con el correr de los días nuestra vida laboral fue cambiando, hasta llegar a dedicarnos de tiempo completo en lo que hoy es Hombres y Mujeres de Futuro Minuto de Dios. Una obra eclesial que tiene como presidente al padre Diego Jaramillo, y que con la participación de líderes comprometidos, trabaja arduamente por la reconciliación de la familia a través de la creación de espacios para el crecimiento emocional y espiritual de hombres, mujeres, jóvenes, parejas y familias.

Hombres de futuro, líderes integrales que dignifican y comparten en igualdad con sus esposas e hijos como lo pide el evangelio, participan responsablemente de las actividades hogareñas y laborales y anuncian con valentía los valores cristianos como profetas del Altísimo.

Mujeres de futuro, profetas del Señor, que desarrollen sus dones y carismas armónicamente con la atención a su familia, como líderes de excelencia, dictan talleres y conferencias y atienden al llamado evangelizador que Dios les pide donde quiera que sea.

Parejas de futuro, parejas felices que igualmente se preparan en consejería para escuchar a otras parejas necesitadas, atienden los ciclos de parejas victoriosas que semana a semana van permitiendo crecer en el amor y van capacitándose para cumplir su misión dentro y fuera de su familia, en el campo o en la ciudad, allí donde hay necesidad.

Hanah, el grupo de jóvenes de futuro que se atreven a ser diferentes, deciden seguir a un Cristo joven y se lanzan en retos impresionantes para sembrar grandes ideales.

La obra del Señor por medio del Espíritu es permanente, permite el perfeccionamiento del servicio de cada líder en su ministerio de evangelización, de pastoreo, de formación, como profetas y apóstoles. En fin, una labor muy linda, acompañar a las familias a ser verdaderas comunidades de vida y amor, misioneras de reconciliación, que sean fermento de unidad y constructoras de una sociedad nueva.

Nada de esto hubiera sido posible sin la intervención directa del Espíritu Santo. Fue Él quien definió los caminos, fue Él quien sanó nuestras heridas, fue Él quien dispuso los corazones de cada uno para que esta obra se iniciara y diera los frutos que han sido evidentes. Comprendemos con admiración que Dios delinea con sabiduría caminos perfectos y que todo lo que nos ha permitido conocer en la vida apostólica es de gran valor. A Él la gloria, el honor y la gratitud. Él es el Dueño y Señor de todo.

La experiencia de una vida nueva en el Espíritu Santo marcó de manera determinante nuestras vidas; descubrimos

que el plan de Dios está por encima de los presupuestos personales, de los proyectos de vida que cada uno o en pareja nos hubiéramos trazado y que Él se vale de cualquier circunstancia para mostrar el camino, que solamente está a la espera de los corazones de las familias de hombres y mujeres convertidos para construir aun desde la adversidad.

El Espíritu Santo de Dios ha estado siempre presente a lo largo de la creación. Dice en el libro del Génesis, que el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. En el Antiguo Testamento encontramos muchos pasajes en donde se habla del Espíritu de Dios ungiendo a los profetas y a los reyes; en el Nuevo Testamento el protagonista siempre es el Espíritu Santo. Entonces, ¿por qué ignorarlo?, ¿por qué no permitirle que actúe en nuestra vida?

Lo más importante a este nivel del compartir que estamos haciendo es que Él también puede actuar en ti y transformar tu vida, si le permites ejercer la acción que le ha sido encomendada por el Padre en el nombre de Jesucristo. Él también tiene un plan para tu vida, para tu pareja, para tu familia.

¿Cuál es tu empresa? ¿Cuál es tu proyecto de vida? Muchas veces te habrás preguntado: "¿Qué es lo que pasa con mi vida, con mi pareja, con mi hogar?". ¿Cuánto llevas luchando con tus propias fuerzas?

El Señor te está hablando a ti en este momento. Él quiere que te sanes y que seas un canal de bendición para tu hogar. "Sánate tú y se sanará tu casa". El Señor te ha escogi-

do para ser instrumento de salvación en tu familia. En alguna ocasión le escuché decir a uno de mis hijos que Jesús ni siquiera espera que le abramos completamente la puerta de nuestro corazón, que basta con que abramos un poquito y Él comienza a hacer una obra maravillosa.

En este momento te pedimos que abras tu corazón y que permitas que el Señor te sane. Si tienes el valor de enfrentar lo que ha sido tu vida, mirar dentro de ti, traer a tu recuerdo todos los momentos difíciles que has pasado, entrégaselos a Jesús y pídele al Espíritu Santo del Dios vivo, que ocupe ese lugar vacío que queda al desplazar el odio, el rencor, la tristeza, la frustración y las culpas, entre otras muchas aflicciones que puedas tener.

Esto será como limpiar los lentes empañados y sucios que te obstaculizaban la visión y por eso tropezabas una y otra vez en el camino o no podías avanzar tan rápido como querías o simplemente al no ver con claridad habías tomado el camino equivocado.

El Espíritu Santo habita en ti; tu ser es el templo en donde Él vive. Entra en oración y dile que lo necesitas y que a partir de hoy quieres escuchar su voz, ser dócil a su acción y dejarte saturar por su presencia. Puedes ayudarte con esta preciosa 'SECUENCIA DEL ESPÍRITU SANTO" que se proclama en la Iglesia el día de Pentecostés. Medita y ora por escrito cada frase con toda la fe de tu corazón:

Ven, Espíritu divino. Manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido,
luz que penetra las almas, fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas, y reconforta en los duelos.

Entra en el fondo del alma, divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones, según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito,
salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno. Amén.

CAPÍTULO 4

LIMPIANDO EL TEMPLO

"Luego llamó a los sacerdotes y levitas, los reunió en la plaza oriental y les dijo: Levitas, escúchenme: purifíquense ahora, y purifiquen también el templo del Señor, Dios de sus antepasados. Saquen del santuario todo lo que sea impuro" (2Cro 29, 4-5).

Este pasaje forma parte del capítulo 29 del segundo libro de Crónicas, en donde se narra cómo el templo se fue llenado de basura, a tal punto que ya no se podía celebrar allí el encuentro con Dios, presentar la ofrenda, quemar incienso y ofrecer holocaustos al Dios de Israel. Fue necesario que el rey Ezequías encargara a un grupo de hombres para que realizara la limpieza del templo. Antes de empezar los encargados se purificaron y luego emprendieron la tarea que les tomó dieciséis días, ocho sacando la basura hasta el vestíbulo y los otros ocho purificando el resto del templo.

Hoy, después de miles de años, nos estamos ocupando de ese "Santuario de vida" que es el matrimonio, así lo llama el Papa Juan Pablo II en la encíclica *Familiaris Consortio*. También este templo se ha llenado de escombros y en muchos casos ya no se puede celebrar en él la unión de la pareja y se ha perdido la posibilidad de gozar la vida de familia, cuando debería ser un motivo para agradecer a Dios la gran oportunidad que nos da para formar un hogar.

Al igual que en el templo de la época de Ezequías, la basura no apareció de un momento a otro, sino que se fue acumulando poco a poco, y tal vez pasaron muchos años hasta que fue imposible entrar al lugar. Así mismo ocurre hoy con nuestra vida de pareja. Esta se ve afectada desde mucho antes con conceptos y modelos que el mundo ha ido imponiendo y que al hacer carrera se convierten en un factor de amenaza para el éxito de una vida de pareja, que desde el comienzo debería ser de gozo y alegría.

Desde el comienzo de nuestra vida recibimos mucha influencia desenfocada y errónea con respecto al matrimonio. Empezando por lo vivido en el hogar, donde nacimos, ¿qué fue lo que aprendimos allí respecto de cómo es una relación de pareja? Desafortunadamente en muchos hogares se vivieron experiencias en donde hubo infidelidad, violencia, inseguridad e inestabilidad emocional, además de una ausencia o una débil formación espiritual. No pretendemos juzgar a nuestros padres en este momento, sino que entendamos que ellos también vivieron situaciones difíciles y al

igual que nosotros recibieron influencias que formaron su estilo de vida.

¿Qué dice el mundo sobre el matrimonio? Mucha gente dice que es una carga, que es un error dejar la cómoda vida de soltería para amarrarse a otra persona, que "la que se casa es ella" y una gran cantidad de conceptos despectivos, que de alguna manera van calando y abonando el terreno para el fracaso.

Isabel y yo, al revisar todos los elementos que influyen en la preparación para la vida de pareja, nos hemos propuesto pregonar que **el matrimonio ¡sí! vale la pena**, que es una bendición y que debemos dar gracias por la posibilidad que nos da Dios de tener un hogar, por recibir la bendición de los hijos quienes son puestos en nuestras manos para formarlos como una proyección nuestra y por la compañía de una pareja que al final de los días será un apoyo, un consuelo y aliciente para vivir hasta el último minuto que Él nos permita estar aquí en la tierra.

Sigamos haciendo una limpieza de todo aquello que se convierte en un obstáculo para vivir plenamente nuestra relación de pareja.

Prepárate nuevamente para vivir un momento clave. Busca un lugar en donde puedas tener tranquilidad; en donde si una lágrima quiere rodar por tu mejilla no encuentre obstáculo, ni te dé pena. Revisa si tienes tiempo suficiente en este instante y te invito a que digamos juntos:

"Señor Jesús, yo te necesito, requiero de tu presencia a través de tu Santo Espíritu. Quiero tener la disposición para sanarme de todo aquello que me ha hecho tener una mala idea, una concepción equivocada de la vida de pareja. Yo deseo fervientemente encarnar la idea que tú tienes del matrimonio. Gracias por estar aquí; gracias por tu presencia; gracias por mostrarme todo lo que me impide ser libre y actuar con autenticidad. Y ahora me dispongo a entregarte lo que pongas en mi mente".

Revisa el modelo que aprendiste en tu hogar paterno y busca aquello que te marcó de una manera negativa. Tal vez para ti se volvió normal ver la indiferencia de tus padres, la falta de diálogo, la violencia, la infidelidad, la falta de detalles, el miedo, el mal trato, el orgullo o cualquier manifestación negativa que enmarcó tu infancia, tu adolescencia y aun tu edad adulta.

En este momento dile: "Señor Jesús, yo te entrego todo ese lodazal. Arranco de mí esas raíces que quedaron sembradas profundamente, porque están desde mi niñez y te pido que pongas en mí una actitud diferente, nueva, la que tú quieres para mí".

Ahora recuerda todos los aspectos bonitos y edificantes que viviste con tus padres, la forma de expresarse su amor, la entrega mutua, los momentos en que el uno ayudó al otro, el buen testimonio que te dieron, la forma como te acogieron en los momentos difíciles, su comprensión, su honestidad y todo aquello que se convierta en recuerdos bellos y dile al Señor:

"Gracias por todo lo que pones en mi mente para que yo lo encarne y lo haga vida con los míos. Gracias por los padres que me diste, porque hoy reconozco que también tuvieron sabiduría, amor y muchas cosas buenas que se convierten en un soporte para mi caminar".

Revisa tu propio concepto sobre el matrimonio. Identifica si hay ideas que desprecian la vida de pareja, como creer que fue un error, que es una carga y reflexiona sobre todo aquello que se convierte en un tropiezo consciente o inconsciente para tener una buena disposición frente al matrimonio.

Dile al Señor: "En este momento reconozco que el matrimonio es una creación tuya y que tú lo haces todo perfecto. Me arrepiento de todas esas ideas falsas y despectivas; las arranco de mi mente y te las entrego, para colocar en cambio una visión nueva, amable, optimista, llena de esperanza y sobre todo llena de tu Santo Espíritu. Declaro que el matrimonio es una bendición y me propongo ser un elemento activo para lograr que en mi hogar se viva la paz, los valores cristianos y se cumpla tu plan en mi casa".

Ahora, en un momento crucial, vamos a identificar todas las ataduras que puedes tener y que impiden que te entregues por completo a ayudar a construir tu hogar. Estas cadenas pueden ser:

Relaciones anteriores que aún rondan tus pensamientos, porque generan añoranzas o culpas.

El sentir que te casaste con la persona equivocada, porque el amor de tu vida fue otro.

Las razones por las cuales te casaste: hubo presión, embarazo, afán, inmadurez.

Se truncó o no se dio tu gran sueño y ahora eso te mortifica.

Pecados ocultos de antes o después del matrimonio, tales como infidelidades, vicios u otras cosas que son una carga en este momento.

O aquello que el Espíritu Santo de Dios ponga en tu mente en este instante.

Por otra parte, tu relación de pareja puede estar afectada por pactos que sellaste en el pasado con otras personas, o por promesas que le hiciste a alguien. Piensa por un instante y descubre que esto puede estar influyendo hoy en tu vida y disponte ahora a hacer una nueva entrega a Jesús.

Toma una hoja en blanco, escribe todo lo que has recordado para que luego se lo entregues al Señor. Deja que tu mente fluya y plasma en el papel todo lo que venga a ella.

Ahora dile a Jesús:

"Señor, renuncio a todo lo que hay en mí que me impide entregarme sin reservas a quien me diste como pareja, a

todo lo que me ata a otras personas con quienes me relacioné en algún momento de mi vida y que aún están en mi recuerdo (menciona el nombre de aquella o aquellas personas). Renuncio a cada una de ellas y a cualquier forma de añoranza, deseo, fantasía o idealización que esté presente en mi mente o en mi actuar y anulo las promesas o pactos hechos con alguien diferente a mi esposa o esposo.

Te entrego los sentimientos de culpa, los sueños frustrados y las ideas negativas con respecto a mi matrimonio y acepto plenamente al ser que me diste para compartir la vida en la alegría y en el dolor; en la salud y en la enfermedad; en la riqueza y en la pobreza hasta el final de nuestros días".

En un acto simbólico ofrécele a Dios un holocausto, quemando el papel en donde quedó consignada toda la basura que se había acumulado en tu vida. Mientras éste se consume haciendo humo todo lo anterior, ofrécele una oración de agradecimiento a Dios, por esta oportunidad de empezar una nueva etapa de tu existencia.

Ahora, puedes quedarte en un momento de quietud para disfrutar la sensación de paz, de vida nueva que invade tu ser.

El templo que nos ocupó al comienzo de este capítulo, fue purificado en dos etapas: primero en su interior y luego en su exterior. Tu vida también requiere estas dos fases y lo que hemos hecho hasta ahora es mirar el interior. Por eso ahora vamos a dar una mirada a tu entorno, para ver si también requiere de una limpieza.

Cuando hablamos con nuestros hijos y con los hijos de otras parejas, se evidencia la gran necesidad de que nosotros como padres revisemos las actitudes y comportamientos que tenemos frente a ellos, así como el modelo de vida de pareja que les estamos transmitiendo.

Lina, una joven recién casada, nos decía que su mayor temor era que en su matrimonio se reviviera lo que pasó en su hogar paterno y que sus hijos también sufrieran lo que ella vivió.

Este es su relato:

"Por la difícil situación que vivía en mi familia, me vi refugiada en mis amigos y los vicios. Caí en la droga, tuve relaciones sexuales con uno y otro, realicé prácticas de espiritismo y decidí casarme como una forma de escape a todo esto que generó un vacío en mi vida".

Al preguntarle: ¿Qué pasó con tus padres?, ¿por qué no les contabas lo que estaba pasando?, ella respondió: "Llegaba a la casa y la encontraba sola. ¿A quién le iba a hablar, a las paredes?, ellos sólo tenían tiempo para sus cosas, el trabajo. Mi papá llegaba borracho, mi mamá le discutía y con su actitud lo alejaba más. Cuando quise hablarles no les importó y finalmente concluí que no valía la pena. Me acostumbré a verlos pelear, a soportarse mutuamente y a esperar que pasaran los años.

Cuando me casé creí que en mi hogar las cosas iban a ser diferentes, pero al poco tiempo comencé a ver que se estaba repitiendo la historia y gracias a Dios, junto con mi es-

poso, logramos hacer un pare para corregir el rumbo. Hoy, tanto mis padres como nosotros, hemos tenido la oportunidad de permitir que Jesús ocupe el lugar que le corresponde en nuestras vidas y se ha comenzado a respirar un nuevo aire y el templo de nuestro hogar se está limpiando para celebrar el milagro de una nueva vida".

La parte exterior de ese templo también puede estar llena de escombros y éstos están haciendo que los tuyos pierdan el rumbo.

Ese gran compromiso, que los demás vean el rostro de Jesús a través de cada uno de nosotros, nos debe llevar a mirar con mucho cuidado lo que se está generando por nuestras acciones, actitudes y comportamientos.

La palabra que puede enmarcar esta parte de la limpieza exterior es una sola: "renuncia". A medida que hemos ido profundizando en el Sermón de la Montaña, se hace cada vez más evidente que para poder limpiar la vida, se requiere de una verdadera conversión, que incluye el despojarse de una serie de actitudes o máscaras que nos hemos colocado a medida que la vida avanza.

¿Qué es lo que nos impide ser felices y disfrutar de cada una de las gracias que están escritas en las Bienaventuranzas? (Mt 5, 6-7)

El **orgullo**, la **soberbia** y la **prepotencia** son las primeras causas de la destrucción de muchos hogares. Por el contrario, la **humildad** y la **apertura** son las alternativas para la reconstrucción.

¿De qué te enorgulleces? ¿De tu apellido, tu figura, tus estudios, tu dinero, tu posición social, tus pertenencias, tu familia, de algo más?

El Señor dice:

> *"Que no se enorgullezca el sabio de ser sabio, ni el poderoso de su poder, ni el rico de su riqueza. Si alguien se quiere enorgullecer, que se enorgullezca de conocerme, de saber que soy el Señor, que actúo en la tierra con amor, justicia y rectitud, pues eso es lo que a mí me agrada. Yo el Señor lo afirmo" (Jr 9, 22-23).*

Por el orgullo se han perdido amigos, estabilidad laboral, relaciones de pareja y de familia que eran una verdadera bendición. La alternativa es combatirlo con humildad y apertura, reconociendo la necesidad de Dios en nuestra vida y asumiendo el papel de ser sal y luz de este mundo. La sal para darle sabor a la vida y a la de las personas que tienen contacto conmigo y la luz para llevarles vida y esperanza, porque la verdadera luz es la Palabra de Dios.

Al igual que Lina, tu pareja y el resto de tu familia están recibiendo lo que sale de dentro de ti al exterior. Cuando hablamos con hombres y mujeres encontramos una constante: que las más grandes heridas y humillaciones fueron recibidas por parte de seres queridos, en diferentes formas de violencia, como el maltrato físico, las actitudes de in-

diferencia y rechazo, los ataques verbales a la inteligencia que golpean la esencia y principios de la persona. Así se propinan golpes que van directo al corazón y maltratan los sentimientos, cambian los buenos propósitos y destruyen los valores morales, éticos y cristianos. No se mata solamente con armas, también se mata con palabras y actitudes y son estas últimas las que más secuelas dejan.

La propuesta de Jesús al dejarnos guiar por Él es descubrir la felicidad. Así como un caballo de paso, brioso y elegante, necesitó ser domado y adiestrado, así mismo nosotros debemos dejarnos tocar por la Palabra de Dios, para adquirir la mansedumbre y docilidad, que sólo se logra cuando entramos a conocer, entender y vivir la Palabra de Dios. Allí encontraremos la fuente de sabiduría que nos permitirá alejar de nuestra vida la violencia y la rebeldía.

Lentamente nuestro corazón se va endureciendo por las heridas sin sanar, que no sólo no se curan, sino que se profundizan y arraigan cada vez más. Como un nocivo virus, las heridas hacen que el niño vaya cambiando su actitud confiada e inocente por una actitud de indiferencia ante el dolor propio y ajeno. Aparece entonces la mentira y el engaño, que son los factores que convierten el corazón de carne en uno de piedra.

Especialmente a los varones se les forma con el estigma de que no deben llorar. Las lágrimas son una de las formas que Dios creó para sanarnos, desahogarnos e ir creciendo en sensibilidad y quebrantamiento.

Gózate de los pequeños detalles, del trinar de un pajarito, de la belleza de una flor, de la sonrisa de un niño y arranca de tu vida la mentira para que al ser libre, sin nada que ocultar, puedas expresar con libertad tus sentimientos. Así, al dejar rodar una lágrima por tus mejillas, lograrás sentir la paz que sobrepasa todo entendimiento y que solamente Dios nos puede dar.

Mucho daño hacemos con el **egoísmo**. ¿Qué hay de las necesidades del otro? ¿Dónde estaban los padres de Lina cuando ella los necesitó? Tal vez convencidos de estar haciendo lo correcto. Pensando en acumular riquezas y satisfacer sus propios gustos, no vieron las verdaderas necesidades de los demás.

La propuesta en este punto es contraria al plan del mundo y es **desvivirse por los demás**, sembrar grandes ideales, procurar decididamente que otros encuentren la luz que tú has recibido y que la necesidad del otro sea tu necesidad. Podemos resumirlo en una sola frase: "dar sin esperar". ¿Cuánto? La respuesta es: Darlo todo.

El **odio** y el **rencor** son nuestros enemigos mortales; se anidan en el corazón y van carcomiendo el alma. Surgen con el tiempo, a medida que se reciben heridas y humillaciones. Y como si fuera poco, se les une la **culpa**, ese sentimiento que se convierte en una carga que vamos arrastrando día tras día, por los errores cometidos. Hoy es el día, este es el momento de liberarse de estos enemigos y por eso Jesús nos propone su estilo, el del perdón y el de la misericordia. ¡Hoy es el día de tu gran oportunidad!, decláralo y tómalo.

¡El perdón!, ese gesto maravilloso que ha devuelto la vida a tantos, jamás dejará de ser actual, siempre será la fórmula que nos permitirá empezar de nuevo. Las setenta veces siete que Jesús le responde a Pedro, para enseñar que siempre se debe perdonar. Recuerda estos tres pasos:

Perdonarse a sí mismo o a sí misma.

Perdonar a quienes me han herido o humillado.

Pedir perdón a quienes yo he ofendido.

Jesús nos enseña la misericordia, palabra que según el diccionario significa: "sentimiento de compasión hacia los sufrimientos ajenos, que inclina a ayudar o perdonar". Es decir, que nos exige ir más lejos. No solamente es perdonar las ofensas, sino salir de uno mismo para preocuparse por el bien del otro, para apoyar a quien lo necesita, para consolar al que está triste y, sobre todo, para prevenir el sufrimiento. Es como el padre que se levanta en la madrugada y ve que a su hijo pequeño se le han caído las cobijas al piso; lo mira con ternura y se preocupa por dejarlo bien abrigado y además se acuesta un instante con él para calentarlo. Es posible que el hijo nunca se entere de este gesto pequeño de misericordia que le evitó un resfriado, pero Dios, que todo lo ve, hace que todos los gestos y acciones de amor y perdón den frutos abundantes.

La **hipocresía** y el **aparentar** son comportamientos mentirosos con los que buscamos ocultar la verdad a nues-

tra conveniencia y engañar a los demás. Debemos saber que al único que no podemos engañar es a Dios, porque así te quieras esconder en el lugar más lejano, más profundo o más oscuro, Él te estará viendo; no solamente escudriña tus acciones, sino que conoce las verdaderas intenciones de tu corazón.

Si tus buenas acciones, tu oración y ayuno son para impresionar a los demás, si tus obras de caridad son para que te den las gracias, juzgas a los demás, prestas atención a los chismes y comentarios que hacen de otros, si tus dioses son: el dinero, el poder, la vanidad y no confías plenamente en Dios, estás en un círculo que te impide disfrutar las gracias y las bendiciones sobre tu vida. La invitación de Dios es a tener una vida limpia, transparente, libre de cualquier señalamiento, libre de todo lastre que te impida levantar vuelo hacia la libertad.

Se hace necesario también revisar tu actitud frente a las diferentes circunstancias que debes enfrentar en la vida cotidiana, porque existe un enemigo que a veces se camufla de diferentes formas y es el **espíritu conflictivo**. ¿Cómo son tus respuestas? ¿Cómo es tu actitud? ¿Cómo asumes los problemas?

Jesús nos pide un espíritu de hacedores de paz, una forma de ser conciliadora. Que a donde llegues, puedas aportar paz, alegría, reconciliación y así ayudar a construir el Reino de Dios en tu propio entorno.

Vamos a pedirte de nuevo que dispongas todo para tener un momento que te permita descubrir qué "virus" tie-

nes, que hace que tu vida no sea plena y que además le causa incomodidad o sufrimiento a los tuyos. Porque así como tú recibiste heridas y humillaciones de parte de tus seres queridos, también tú les has causado a los tuyos, sin darte cuenta quizás, las mismas heridas y humillaciones que tú recibiste.

Busca de nuevo aquel lugar cómodo y tranquilo donde nadie te interrumpa y donde puedas disponer de un buen tiempo de reflexión. Prepárate para hacerte una radiografía del alma.

Respira profundo varias veces y déjate invadir por la paz y tranquilidad que se experimenta cuando se aquieta el espíritu y vas a recorrer las siguientes líneas en forma de oración:

Mira a tu alrededor, tratando de descubrir lo que no es perceptible a simple vista: detalles del paisaje, colores, comportamientos de la gente, escucha los sonidos presentes. Y piensa que de esa misma forma hay actitudes o comportamientos tuyos de los cuales no has sido plenamente consciente. Toma todo el tiempo que puedas, no hay prisa.

Ahora, di como quieras, mentalmente o en voz alta:

"Señor Jesús, aquí estoy nuevamente en intimidad contigo, buscando conocerme un poco más y reconociendo que te necesito hoy más que nunca, porque quiero descubrir mis debilidades, mis actitudes duras, mis defectos y todo aquello que opaca la belleza que tú has puesto en mí, todo lo que le impide a otros ver tu rostro a través mío. Dame, Señor,

valor y humildad para aceptar y para dar los pasos que deba dar, para cambiar lo que deba cambiar y para cultivar lo que deba acrecentar de mi ser.

Yo reconozco que en mí hay frenos, máscaras, apegos que me impiden ser libre. Yo reconozco que con mi actuar he causado daño, dolor, inseguridades y no sé cuántas ofensas más a los míos. Te pido perdón y te pido que me ayudes.

Sé que en mí hay orgullo y prepotencia; tú y yo conocemos en qué medida. Te pido que recibas estos comportamientos. Yo no quiero ser así, no quiero que me rechacen. En este momento te entrego el orgullo que hay en mí y a cambio te pido que me ayudes para que yo pueda crecer en humildad, que yo pueda agachar la cabeza ante ti y reconocer tu grandeza. Perdóname por haber dejado que el orgullo me dominara y desde ya te doy gracias por darme ahora la oportunidad de remediar todo el mal que he causado y acercarme a todos aquellos a quienes he lastimado y alejado con mi actitud.

También reconozco que he sido una persona violenta en diferentes formas...".

En este momento puedes hacer una pausa para identificar y ser consciente de todas las formas de violencia que tú has ejercido sobre tu mismo ser y sobre otras personas, de manera física, con palabras, con actitudes, omisiones y hasta con el silencio...

Dile: "Señor, me arrepiento de haber ejercido las diferentes formas de violencia. Te pido perdón y te ruego que

recibas este tipo de basura que he acumulado y he dado a los demás. Yo de mi parte, tengo la firme intención de erradicar de mí la violencia y la rebeldía, y a cambio te pido que me ayudes, despertando en mí una sed infinita por la oración, la lectura de la Palabra de Dios y la búsqueda de la intimidad contigo.

Te pido perdón por haber permitido que la mentira y las apariencias formaran parte de mis actos. Te pido perdón por haber dejado que mi corazón se endureciera causando daño a las personas que están y han estado cerca de mí. Recibe también esta área de mi ser para que yo pueda expresar toda la sensibilidad y el quebrantamiento que pongas en mí. Yo, por mi parte, tomo la decisión de erradicar la mentira y la dureza de corazón. Ayúdame a sanarme con mis lágrimas, permíteme sentir su bálsamo sanador bañando mis mejillas y el consuelo de tu amor. Abrázame, Padre amado, y arrúllame en tu seno.

En este momento, quiero hablarte sobre mi egoísmo. Muéstrame el daño que he hecho con esta nociva actitud, tal vez sin darme cuenta. Muchas veces he pensado sólo en mi satisfacción personal, en mi bienestar y se me ha olvidado que tú, Señor Jesús, nos enseñaste a servir. Tú les lavaste los pies a los discípulos y esperas que yo haga lo mismo. Te entrego mi individualismo; quizás el haber hecho un ídolo de mi propia persona y a cambio te pido que me ayudes para que crezca en mí el desprendimiento, el deseo sincero de desvivirme por los demás.

Suelto todo aquello que se ha convertido en apegos, mis pertenencias, lo que ni yo disfruto para que no se dañe ni se desgaste y no permito que sea usado por otras personas. Me dispongo a entregar mi tiempo para ponerlo al servicio tuyo, Señor, para que me indiques qué debo hacer. Que tu Santo Espíritu me guíe para ir hacia quienes lo necesiten, para escucharlos como si lo hicieras tú, para hablarles con las palabras que pongas en mis labios y para consolarlos en tu nombre.

Gracias, Señor, porque sé que de ahora en adelante voy a ser una persona que sirve a los demás, que se preocupa por las necesidades de otros y que da su tiempo, su oración y su dinero con generosidad, para la extensión del Reino y para que tu Palabra y el anuncio del evangelio lleguen a todas partes.

Clamo a ti, Señor, para que yo tenga un corazón perdonador y misericordioso. Con decisión, te entrego los sentimientos negativos que he acumulado durante toda mi vida: el odio, el rencor, la indiferencia, la rabia contra mí mismo o contra mí misma y contra otras personas. Ya estoy cansado o cansada de luchar contra mi historia, mi pasado y mis raíces. Solamente quiero descansar y por eso te digo en este momento que acepto todo lo que pasó en mi vida, ya que por más que quiera no lo puedo cambiar.

Acepto la familia en que nací, a mis padres, mi sexo, mi figura, los episodios que viví y, en fin, todo lo que en algún momento ha sido causa de sufrimiento. Yo quiero sanarme, Señor, y por eso, aunque me parezca imposible, doy un paso

de fe y perdono. Te entrego las culpas que he cargado, acepto tu perdón y me declaro libre como una mariposa que vuela al vaivén del viento, al mover de tu Santo Espíritu. Creo, Jesús, que tú haces posible lo que para mí parecía irrealizable.

Gracias, Señor, por recibir también todas mis pesadas cargas y echarlas al fondo del abismo. Gracias, Señor, por darme un corazón misericordioso, un corazón conforme al tuyo, que mira con bondad y puede ver en las profundidades del alma, para descubrir las necesidades de quienes comparten conmigo la vida.

Dame el valor para ir a buscar a quienes he ofendido, para pedirles perdón, sin ninguna justificación, y para expresarles cuánto los amo y cuánto los necesito.

En mi vida, en mi actuar, hay hechos, comportamientos, creencias, inseguridades que no son agradables a tus ojos, que no tienen tu aprobación. Que los puedo ocultar ante los ojos de los demás, pero que no los puedo ocultar a los tuyos, porque tú me ves donde quiera que esté; conoces mis verdaderas intenciones y hasta el más pequeño de mis defectos. Por eso, necesito de ti para limpiar mi vida, para ser una persona completamente transparente que no tenga nada que esconder.

Reconozco mi pecado oculto, mis debilidades y quiero renunciar a todo esto. Renuncio a todo lo que me aleja de ti. Anhelo fervientemente la presencia de Dios, que mi corazón sea limpio, que yo pueda tener momentos de oración

en el lugar secreto y que ninguna de mis acciones sea para impresionar a los demás. Renuncio a juzgar a las personas, a escuchar y alimentar comentarios sobre otros. Renuncio al reconocimiento humano y sólo deseo agradar a Dios con todo mi ser, mi actuar y mi proceder.

Por último, Señor, yo quiero ser un hacedor o hacedora de paz. Renuncio al espíritu conflictivo, a las exigencias por capricho, al inconformismo sin sentido, a las respuestas agresivas, al sarcasmo, a la sátira y a todo lo que sea agresividad y negativismo.

Clamo a ti, Señor, para que yo pueda reflejar tu paz, aquella que sobrepasa todo entendimiento. Que a donde yo llegue pueda llevar alegría, espíritu de reconciliación. Gracias, Señor, por tu presencia y tu fidelidad".

Ahora que has finalizado esta oración, disfruta nuevamente del ambiente que hay a tu alrededor. Mira de nuevo, escucha con atención y verás que el verde es más verde, que el aire se siente mejor y que los sonidos tienen matices nuevos. Felicitaciones porque purificaste tu ser y por eso tu sentido de percepción descubre cosas nuevas.

Este es un buen momento para pensar en las personas que comparten la vida contigo, especialmente en aquella o aquellas con quien hay más lejanía o más conflictos.

Como un paso trascendental y como fruto del proceso de crecimiento, humildad y apertura que estás logrando al llevar tu proceso hasta aquí, te invitamos a que escribas unas

cartas, destinadas principalmente a quienes están más distantes o a quienes tienen conflicto contigo.

En estas cartas les vas a pedir perdón por las ofensas que tú les has causado, sin mencionar justificaciones y sin entrar en situaciones que sean exclusivamente de confesión sacramental. También les vas a expresar cuánto los quieres y cuánto los necesitas.

Busca el momento propicio para entregar cada carta. Debes orar antes, pidiendo que el Espíritu Santo propicie el momento preciso y disponga los corazones de quienes las van a recibir.

Este proceso también se puede realizar con personas que estén ausentes y que no sepas cómo contactar o con personas que hayan muerto. En estos casos, se "entrega" la carta con un holocausto, quemándola y ofreciendo una oración. La razón por la que también tiene validez, es porque lo principal del arrepentimiento y el perdón es hacerlo, sinceramente, ante Dios. Es por eso que el perdón trasciende la muerte. Recuerda que Dios fructifica todo acto de amor.

CAPÍTULO 5

EL SENTIDO ESPERANZADOR DEL SUFRIMIENTO

> *"Yo sé que tú lo puedes todo y que no hay nada que no puedas realizar. ¿Quién soy yo para dudar de tu providencia, mostrando así mi ignorancia? Yo estaba hablando de cosas que no entiendo, cosas tan maravillosas que no las puedo comprender. Tú me dijiste: 'Escucha, que quiero hablarte; respóndeme a estas preguntas'. Hasta ahora, sólo de oídas te conocía, pero ahora te veo con mis propios ojos. Por eso me retracto arrepentido, sentado en el polvo y la ceniza" (Job 42, 2-6).*

Después de haber revisado que en nuestras vidas hay momentos difíciles, episodios dolorosos o períodos de desierto, y sabiendo ya que para superarlos es indispensable que el Espíritu Santo de Dios actúe con nuestro consentimiento, vendrán preguntas tales como: ¿qué sentido tiene

el sufrimiento?, ¿acaso Dios quiere que nosotros suframos?, ¿por qué me tuvieron que pasar a mí tales cosas?

Tratando de resolver estos interrogantes y otros más que pueden surgir, vamos a descubrir cuál es la verdadera razón del sufrimiento, para qué sirve y cómo Dios utiliza esas circunstancias adversas, para moldearnos y para que salgamos fortalecidos de esos episodios, que en su momento parecía que nos iban a hacer claudicar.

En las Sagradas Escrituras encontramos la vida de un hombre que vivió profundamente y en carne propia el sufrimiento. Fue Job, un hombre justo, bueno, próspero, con una bella familia, que en cuestión de pocos días desaparece y luego pierde todo lo que poseía. Muere su familia y hasta su cuerpo es afectado por una grave enfermedad. Al leer el capítulo primero, encontramos cómo se da un salto brusco de una situación de abundancia a otra de escasez, dolor y muerte. Sin embargo, a pesar de todas las adversidades y aunque expresó su inmenso dolor, Job nunca renegó de Dios. Esto nos sirve como marco, para construir la definición que nos ayudará a encontrar EL SENTIDO ESPERANZADOR DEL SUFRIMIENTO.

El sufrimiento es una realidad...

¿Quién puede escapar al sufrimiento? Si revisas tu vida, si miras a las personas a tu alrededor, todas, absolutamente todas, han pasado o están pasando por períodos, momentos o circunstancias que les han causado o les están causando sufrimiento. En mayor o en menor medida, lo que para unos pue-

de ser una gran adversidad, para otros son cosas pequeñas o intrascendentes. Todo visto desde afuera es más fácil. La única realidad es que hay dolor, tristeza y tribulaciones.

Alguna vez te han hecho cuestionamientos como éstos: "¿Y sólo por eso sufre?, ¿no ve que es una bobada? ¡Pero se está ahogando en un vaso de agua!; ¡eso es cosa de niños!". Sin embargo, la realidad es que por ello estás sufriendo, te está doliendo, te está arrancando lágrimas y sin importar la razón, sin mirar si sirve de algo o no, lo único cierto es que el sufrimiento es una realidad.

Demos un segundo paso en el análisis del sufrimiento para decir que éste es:

Una realidad misteriosa...

Misteriosa porque se escapa a nuestro entendimiento, porque llega en el momento menos esperado y porque, a pesar de su realidad, Dios no quiere que suframos. Cuánto cuesta aceptar la muerte de un ser querido, de un padre bueno, responsable. Qué impotencia he sentido al llegar a la sala de velaciones en donde un hombre está llorando al lado de su esposa, junto al féretro en donde yace el cuerpo de su pequeño hijo de 3 años, que se ahogó al colocarse una bolsa plástica en su cabeza. Cuántos interrogantes sin respuesta. Cuántos señalamientos buscando responsables. Desde la persona que lo estaba cuidando, hasta la mamá por no estar en casa. Incluyendo al papá por no haber dejado el trabajo antes, para llegar temprano ese día y, al final, con desespero,

hacerle un rabioso reclamo a Dios al preguntarle: "¿En dónde estabas?, ¿por qué a mí si yo no le hago mal a nadie?".

Son las mismas preguntas que seguramente se hizo Job, cuando después de ver que era un hombre bueno, temeroso de Dios, cumplidor de todas sus obligaciones, justo con sus trabajadores, le vienen calamidades que lo llevan a la ruina económica, la pérdida de su salud y hasta la pérdida de su familia. No acababa de escuchar las palabras del mensajero, quien siendo el único sobreviviente lo ponía al tanto de la tragedia que les acababa de ocurrir, cuando llegaba otro mensajero y luego otro para anunciarle tragedias aún mayores, hasta que Job se rasga las vestiduras para decir:

> *"Desnudo vine a este mundo, y desnudo saldré de él. El Señor me lo dio todo, y el Señor me lo quitó; ¡bendito sea el nombre del Señor!" (Job 1, 21).*

¿Cómo comprender el misterio de la muerte de Jesús en la cruz? A pesar de ser el Hijo de Dios y cuando todos esperaban un Mesías guerrero, un rey que se enfrentara por la fuerza a los opresores de la época y los liberara, de un momento a otro Jesús fue torturado y muerto cruelmente. Qué misterio tan grande para sus discípulos, que estaban viendo las señales de los milagros y de un momento a otro presencian el indecible sufrimiento de Jesús hasta terminar en el Calvario.

Cómo comprender el misterio cuando el mismo Jesús, el hombre, dice:

"Padre, si quieres, líbrame de este trago amargo; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22, 42).

Este misterio se acrecienta aún más porque Dios no quiere el sufrimiento. Él nos da la vida para que seamos felices; también nos da la libertad para actuar y en el uso de esa libertad es en donde el hombre gesta, en muchas ocasiones, el sufrimiento. Es la misma persona la que, en el mal uso de su libertad, tuerce los caminos para caer en los vicios, la infidelidad, la violencia, el terrorismo, la ambición, la imprudencia y las malas decisiones que terminan en sufrimiento.

Veamos bien y aceptemos, pues, que el sufrimiento es una realidad misteriosa. Ahora, demos un paso más al afirmar...

El sufrimiento nos hace crecer como personas...

Aquel día en el que me sorprendió la noticia de que a partir de ese momento se acababa el trabajo en esa empresa en donde me sentía tan seguro, en donde lo había dado todo, incluso a costa de descuidar mi familia, ese día pensé que todo se derrumbaba, me sumí en una terrible depresión y en una profunda nostalgia.

Si damos una mirada al capítulo 3 del libro de Job, veremos cómo él en medio de la desesperación llega a decir expresiones como ésta: "*¡Maldita sea la noche en que fui concebido! ¡Maldito sea el día en que nací! ...*".

Quizás tú también en los momentos más críticos del sufrimiento, has llegado a decir: "¡Mejor hubiera sido que no hubiera nacido o que hubiera muerto!". Sin embargo, por difícil que sea la situación, por insalvable que parezca, grábate muy bien esta frase: **"Esto también pasará"**. Repítela una y mil veces: esto también pasará, esto también pasará...

Al mirar hacia atrás, le doy gracias a Dios porque me ayudó a salir de esa crisis con múltiples beneficios: hoy sé que podemos vivir con mucho menos dinero de lo que antes considerábamos indispensable. Mis hijos han aprendido a trabajar, a valorar mucho más lo poco o mucho que tengamos. Me di cuenta que tengo posibilidades de desempeñarme en otras áreas y he tenido oportunidad de capacitarme y explorar facetas de crecimiento espiritual que nunca creí que fueran para mí.

Nadie puede negar que una crisis nos hace madurar, nos enseña, nos hace cambiar la escala de valores y hasta nos vuelve más comprensivos y mejores personas.

Te invito ahora a que des otro paso en la construcción de esta definición sobre lo que significa el sufrimiento y para qué sirve. Recapitulando decimos que el sufrimiento es una realidad misteriosa, que nos hace crecer como personas...

Nos sensibiliza ante el dolor humano

El que más entiende a quien tiene hambre es quien ha tenido hambre. La persona que ha sufrido en carne propia la infidelidad, cuando alguien le cuenta que acaba de cono-

cer la infidelidad de su pareja, la comprenderá mucho más que quien no la ha sufrido.

En muchas ocasiones, cuando hemos dictado conferencias, se nos acercan personas que se identifican con algunas de las situaciones de sufrimiento que hemos vivido, y vemos con claridad que hemos podido comprender mejor sus sentimientos profundos y orientarlos hacia una solución aportándoles elementos que nos ayudaron a nosotros mismos a superarlas. Cuando alguien ha tenido que superar el duelo por la muerte de un familiar, será más sensible al dolor de otra persona que está pasando por esa misma circunstancia. Aquel que ha sufrido un quebrando grave de salud, podrá entender y acompañar al enfermo para ayudarle a encontrar sentido a su dolor. Y así cada una de las circunstancias de sufrimiento, nos harán crecer en sensibilidad.

Recuerda en este momento los sufrimientos que has padecido y piensa cómo te han hecho cambiar, cómo te han sensibilizado y te han vuelto una persona más comprensiva.

> *"Sólo quedará con vida la tercera parte, y a esa parte que quede la haré pasar por el fuego; la purificaré como se purifica la plata, la afinaré como se afina el oro" (Za 13, 9).*

El sufrimiento ha sido el horno por donde tú has pasado y el dolor es el fuego que te ha purificado. No es Dios quien te manda el sufrimiento. Él, sencillamente, aprovecha esas circunstancias para moldearte, para quebrantar el or-

gullo, la soberbia, la rebeldía, para que te vuelvas una persona más sensible ante el dolor humano y así te prepara para dar el siguiente paso.

El sufrimiento es una realidad misteriosa, que nos hace crecer como personas, nos sensibiliza ante el dolor humano y:

Nos acerca a Dios

Cuando ya no queda más hacia dónde mirar, cuando lo hemos intentado todo con nuestras propias fuerzas, la única alternativa es volver los ojos a Dios y Él, que siempre ha estado al pie nuestro, abrirá los brazos y nos recibirá como Padre amoroso y misericordioso.

Es muy común que las personas que llegan a los caminos de Dios, estén atravesando por algún tipo de crisis, que estén sufriendo una calamidad o una adversidad. En muchos de los casos estas crisis están relacionadas con problemas de pareja y es por eso que la siguiente historia te va a dar una luz de esperanza, en especial si estás pasando por un momento difícil en tu relación de pareja.

Hoy, cuando compartimos momentos tan agradables con nuestros queridos amigos Luis y Ana recordamos, dándole gracias a Dios, cómo ellos llegaron a convertirse en líderes de un movimiento que busca que las parejas se reconcilien y superen sus crisis.

Ellos, como tantas parejas, se casaron enamorados e ilusionados. Pronto llegaron sus dos hijos varones y en medio del trabajo y la crianza se comenzó a desarrollar una vida aparentemente normal.

Inmerso en los compromisos laborales y dejándose llevar por la influencia de sus amigos, Luis comenzó a descuidar el hogar, cayó en el alcohol y la infidelidad, empezando así una grave crisis que alcanzó su punto más alto cuando ya llevaban 20 años de matrimonio. Buscaron muchos medios para encontrar solución, pero a esto se sumó una tragedia familiar, cuando de manera violenta murió la hermana mayor de Luis a quien él consideraba su confidente, su gran apoyo. Este golpe hizo que la inestabilidad emocional aumentara, agravando aún más la crisis en esta relación, que ya pendía de un delgado hilo a punto de romperse.

Por el otro lado también Ana estaba viviendo su propio drama. Cansada con la situación que se hacía cada vez más insostenible y después de haber buscado ayuda en muchas partes, un día se sintió escuchada por el mejor amigo de Luis. Ella le abrió su corazón, tal vez con la esperanza de encontrar una ayuda para que su esposo corrigiera el camino. Sin embargo, esto lo que hizo fue agravar las cosas, pues resultaron involucrados sentimentalmente y también Ana cayó en la infidelidad, al mantener un romance que empezó cuando estaba buscando ayuda y consuelo.

Cuando todo salió a la luz, estalló la crisis más grande que se pueda imaginar. Luis no quería saber nada de Ana y se sumió aún más en el alcohol. Miraba con odio y resentimiento a su esposa; salía desde muy temprano de la casa y cuando el desasosiego se hacía mayor, tomaba una botella de licor, se subía al carro y comenzaba a recorrer las calles sin rumbo fijo, hasta terminar en los brazos de cualquier

mujer, creyendo encontrar así algún alivio. Pero al volver en sí, se encontraba aún más angustiado y deprimido, porque así él no lo quisiera aceptar, el amor por su esposa seguía intacto y su lugar estaba junto a ella. Sin embargo, fue el mismo Luis quien intentó buscar una alternativa diferente y empezó a asistir a una comunidad de la Renovación Carismática Católica.

Entre tanto, Ana inició un camino de restauración, cortó de tajo con esa relación que la alejaba de Dios y de Luis, la cual no fue ninguna solución, y por el contrario lo empeoró todo. También buscó ayuda espiritual asistiendo a la eucaristía dominical, y fue así como se empezó a encontrar una luz en donde parecía que no había ninguna esperanza.

Un día cuando Ana iba entrando al conjunto residencial donde vivía, encontró unos volantes en donde se hacía una invitación para asistir a un congreso de hombres. Con curiosidad tomó uno de ellos y pensó que esa podría ser una actividad que le sirviera a su esposo. El texto de la invitación decía que era un evento organizado por Hombres y Mujeres de Futuro del Minuto de Dios, una entidad perteneciente a la Iglesia católica y lo que allí decía, pensó ella, "es lo que necesitamos", pues hablaba de sanar heridas, de entregarle los problemas a Dios y de iniciar una nueva vida.

Ahora la dificultad era: ¿cómo decirle a Luis, si no quiere aceptar nada y menos si proviene de mí? Voy a dejarlo en un lugar en donde inevitablemente tenga que verlo, pensó Ana.

Luis encontró el volante que le llamó la atención sobre su escritorio. Lo tomó en sus manos, lo comenzó a leer y apenas vio que decía Minuto de Dios, lo arrugó con enojo y lo tiró al cesto de la basura. Se sentó intranquilo y como otras veces, comenzaron a pasar por su mente imágenes y recuerdos que le quitaban la paz. Miró hacia donde estaba el volante y recordó que había alcanzado a leer algo que hablaba de "congreso de hombres" y esto le llamó la atención. Se tomó el trabajo de desarrugar el papel y al ver que el congreso era al día siguiente, decidió asistir, sin decirle a nadie.

Al llegar al lugar del evento, el ambiente espiritual que allí se estaba viviendo lo tocó desde el primer momento. El recibimiento cariñoso que le hacían hombres que él no conocía, le hizo comenzar a percibir sensaciones que tampoco conocía. Luis dice que se acuerda de muy pocas cosas de las que en el congreso sucedieron. El ambiente se tornó confuso, parecía que flotaba en el aire y le entraron unas inmensas ganas de llorar. Después de luchar infructuosamente contra el nudo que se le hacía en la garganta, se soltó y un torrente de lágrimas comenzó a rodar por sus mejillas. Cuando tímidamente se atrevió a mirar hacia los lados, se dio cuenta que muchos hombres a su alrededor, así como él, estaban llorando. En ese día Luis fue tocado por el Espíritu Santo de Dios y su corazón endurecido se empezó a transformar.

Por esas bellas coincidencias que provoca el Espíritu Santo, el mismo día que Luis asistió al congreso de hombres,

Ana fue invitada a un taller de oración dictado por un sacerdote. Es decir, que ese mismo día el Espíritu los tocó a los dos. Luis pasó a recogerla cuando salió del auditorio en donde se realizó el evento. Cada uno compartió sus experiencias y por fin esa noche pudieron dialogar e iniciar un proceso de acercamiento.

Así, se comenzó un nuevo camino y en medio de la lucha y el sufrimiento ambos, Luis y Ana, se fueron acercando a Dios. Tanto él como ella asistieron a sus respectivos encuentros de Hombres y de Mujeres; ya compartían algunos momentos de su vida, pero aún no se daba el paso definitivo del perdón, que los llevaría a iniciar la restauración de su relación.

Por esos días, en toda la gama de posibilidades que Dios permite cuando alguien abre el corazón, aunque sea un poquito, escucharon una invitación para asistir a un taller de parejas de 2 horas que se realizaría un sábado por la tarde. El tema que compartió la pareja que estaba coordinando el taller, fue el golpe final que derrumbó el muro que se había levantado en medio de ellos. En la parte final de la reunión se invitó a que cada uno se pusiera frente a frente con su pareja para pedirse perdón por todo el daño y el dolor, es decir, el sufrimiento, que se habían causado mutuamente. Ese día se volvieron a abrazar, lloraron juntos y se perdonaron de corazón.

Un tiempo después, fueron invitados a compartir su testimonio para edificar a un grupo de parejas. Fue algo muy

emocionante para todos y además fue el comienzo de un apostolado, pues hoy día, ellos son una pareja líder que han ido a muchos lugares y han orientado a muchas parejas que han logrado reconciliarse y restaurar su relación, para la gloria de Jesucristo.

Cambia de sentido el sufrimiento cuando permitimos que nos acerque a Dios. Cambia profundamente tu mirada de la vida, cuando esa situación que estás viviendo o que viviste en el pasado, se convierte en la razón para que mires hacia Dios.

La clave está en dejar de mirar el problema, para mirar hacia Dios.

En este momento te invito a que también tú dejes de fijar tu atención en el problema, a que dejes de tener la mirada en la situación o en la persona, y a que tomes la decisión de mirar hacia Dios. Cambiemos la pregunta ¿por qué me pasó...? para cuestionarnos ahora ¿para qué me pasó? Así, podrás aplicar y comprender mejor esta definición de sufrimiento que hemos construido juntos en estas páginas.

Sin embargo, no es suficiente saber el significado del sufrimiento, es necesario dar un paso más para conocer los beneficios o valores que trae el sufrimiento y aplicarlos a la vida.

El sufrimiento tiene un valor purificador, pues nos enfrenta a una verdad que nos pone cara a cara con nuestra realidad y nos hace reflexionar sobre todo lo que hay en

nuestra vida, revisar las bases sobre las cuales teníamos construida nuestra seguridad y nos invita a purificar hasta lo más mínimo. Qué hermosa oportunidad la que tiene un enfermo terminal de reconciliarse consigo mismo, con las personas de quienes estuvo alejado y hasta de pedir perdón por las injusticias que ocasionó en algún momento de su vida.

El sufrimiento también tiene un valor **educativo**, nos enseña, nos madura, nos lleva a conocernos a nosotros mismos y nos entrega una experiencia que nos hace cambiar la forma de actuar y de ver al mundo. Nos hace cambiar la escala de valores sobre la cual nos habíamos movido antes y nos da elementos para ayudar a otros, previniéndolos, acompañándolos o ayudándolos cuando pasen por situaciones parecidas a las que hemos vivido.

Otro valor del sufrimiento es el sentido **intercesor**. Es tal vez el más hermoso de estos y otros tantos valores que tiene el sufrimiento. Cuando a través del sufrimiento nos acercamos a todo lo que vivió Jesús por nosotros, ¡qué pequeñas se vuelven nuestras tribulaciones! Cuando las comparamos con todo lo que Él tuvo que pasar para salvarnos, no queda otra opción que decir: Señor, yo comprendo un poco de lo que tú sufriste y quiero unirme a ti, primero aceptando la circunstancia que me está causando dolor y segundo ofreciéndolo, como lo hiciste tú, por alguien para que se acerque a ti.

Cuando se sale de sí mismo para ofrecer el sufrimiento, en ese instante se le encuentra sentido y el dolor deja de ser

insoportable, se atenúa; en ese instante comienza el proceso de restauración; en ese instante te comenzarás a levantar.

No dejemos pasar esta oportunidad para interiorizar lo que hemos compartido, para hacer vida lo que has aprendido en este capítulo. Mira a tu alrededor y si el ambiente es favorable, es decir, si puedes estar solo o sola, si hay tranquilidad, silencio, arovecha para un tiempo de oración. Si no hay las condiciones propuestas, lo mejor es que suspendas la lectura hasta que puedas tener un momento más propicio para continuar, lo más pronto posible.

Quédate en un profundo silencio por unos minutos, dejando que pasen por tu mente todas las situaciones que te han ocasionado sufrimiento. Identifica los sentimientos que surgen cuando recuerdas lo que pasó y todo lo que recuerdes entrégaselo a Jesús.

Dile con el corazón en la mano: "Señor, te doy gracias por todo lo que he madurado y crecido a partir de los sufrimientos que he tenido a lo largo de mi existencia. Hoy tengo un corazón más sensible, que me permite comprender el dolor que otros sienten. Especialmente te doy gracias, porque a partir del sufrimiento me he acercado más a ti, Señor. Yo sé que siempre has estado a mi lado, pero era yo quien no te veía.

Ahora comprendo un poco el sufrimiento que padeciste por mí y acepto que lo que yo he vivido me ha servido para purificar mi vida y enderezar los caminos. Así como tú sufriste por mí, yo quiero ofrecer mi dolor por tu misma causa, quiero unirme a ti".

Quédate en silencio un momento más, con el fin de identificar el valor intercesor de tus sufrimientos. Busca por quién ofrecerlos y permite que el dolor vaya desapareciendo al encontrarle un sentido redentor.

CAPÍTULO 6

TÚ Y YO: UNA NUEVA CREACIÓN

"Más valen dos que uno solo, pues obtienen mayor ganancia de su esfuerzo. Pues si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo que cae!, que no tiene quién lo levante. Si dos se acuestan, tienen calor; pero el solo, ¿cómo se calentará? Si atacan a uno, los dos harán frente. La cuerda de tres hilos no es fácil de romper" (Eclesiastés 4, 9-12).

En el camino recorrido hasta este punto, hemos descubierto que, a pesar de haber pasado por situaciones difíciles, hay esperanza. Si permitimos que el Espíritu Santo actúe en nosotros, si reconocemos que el proceso de restauración empieza cuando cada uno acepta que en su vida hay realidades que lo marcaron, que se requiere de la sanación interior, de la limpieza del templo personal y por último, como acabamos de ver, que es muy importante aceptar el sufrimiento con un sentido esperanzador, en este momento

estamos preparados para asumir otra realidad: tu matrimonio, tu vida de pareja y tu familia, deben ser "una nueva creación".

Han pasado tormentas, ha pasado el tiempo y aún todas las aguas que hay sobre la tierra no podrán apagar ese amor que un día los unió, así el mundo les haya dicho o les diga lo contrario. Lo que vamos a hacer, ahora, es descubrir qué bases tiene este nuevo nacimiento y qué debemos hacer para que se realice.

Imaginemos por un momento que una pareja de águilas, por el hecho de haberse unido y haber criado sus aguiluchos, tienen ahora que vivir permanentemente amarrados el uno al otro de una de sus patas. ¿Qué pasará cuando intenten levantar vuelo?; mucho daño se harán mutuamente sabiendo que cada uno está llamado a ser libre, a realizar sus sueños de remontar las alturas. Cada uno puede y debe conocer otros lugares, para luego regresar al nido y compartir con su pareja las experiencias vividas y los nuevos descubrimientos hechos.

Amarradas de mala manera, estas águilas no cumplen bien el precepto de ser "una sola carne". Impedidas de manera forzosa, ni siquiera podrán levantar el vuelo para conquistar juntas los aires; no habrá posibilidad de mostrar a la otra los paisajes que más le gustan; no habrá quien advierta a la otra de los peligros que la puedan acechar. Si pudiesen volar, no habrá placer alguno al volar juntas así.

Lo mismo pasa en el vida de pareja. La unión es para crecer en libertad, para pensar en la realización del otro y

construir juntos un nuevo modelo de familia a la manera de Dios. Si esto no ha sido posible aún en nuestra relación, debemos darnos la oportunidad de hacer una "reingeniería", poner sobre la mesa una hoja en blanco para escribir una nueva historia, con nuevas normas, buscando nuevos modelos y hasta generando nuevas costumbres.

Qué maravilloso es reconocer y rescatar en esta nueva creación lo bueno, lo excelso de la tradición familiar de cada uno. Al mismo tiempo, se avanza y se crece cuando se reconoce lo que no es bueno, lo que no edifica, lo que hace daño de esa misma tradición, para hacerlo a un lado y no traerlo a este nuevo modelo. Es como el constructor que selecciona los mejores materiales y desecha los de mala calidad o los que no se adecúan al diseño y a los planos del nuevo edificio que está construyendo.

En nuestro caso, Isabel y yo fuimos bendecidos con unos padres maravillosos, de quienes, sin desconocer que hayan pasado momentos difíciles, hemos recibido un testimonio de amor, perdón, constancia, apoyo, comprensión y muchos elementos que son bases sólidas para lo que hoy es nuestra familia.

Cuando nos vimos enfrentados ante un delicado estado de salud de mi papá, originado por una deficiencia circulatoria que dejó sin irrigación sanguínea su pierna derecha, hasta el punto que la única alternativa fue la amputación, nos reunimos como familia unas horas antes de la intervención quirúrgica para orar, pidiendo a Dios que se hiciera su voluntad y que nos diera fortaleza para afrontar la difícil situación.

En medio de la oración me vi sorprendido cuando uno de mis hijos me preguntó: "¿Tú qué sientes?, el Tata –así le decían ellos a su abuelo– se puede morir esta tarde". Esa pregunta me dio como un sacudón para ubicarme en la realidad. Hasta ese instante yo sólo había pensado en su recuperación y no había sido consciente del alto riesgo que significaba la operación para un hombre diabético mayor de setenta años.

No pude contener las lágrimas y al instante comenzaron a pasar por mi mente los múltiples recuerdos bellos que tengo de un hombre que siempre ha estado presente en mi vida. Recordé el día en que mi mamá me mostró una fotografía de un hombre joven alzando un niño. Me dijo: "Cuando usted nació, su papá lo alzaba y pasaba horas caminando de un lado al otro hasta que le dolían los brazos y se veía obligado a descargarlo". Me puse a pensar que si Dios decidía llevárselo, yo me quedaba con un inmenso tesoro representado en todos los recuerdos, enseñanzas, ejemplos y valores que el hombre que Él me dio como papá me había dado durante toda la vida. Entonces la repuesta a esa sorpresiva pregunta, la misma que tengo ahora en mi corazón, es un sentimiento de profunda gratitud a Dios por haberme dado un padre tan maravilloso. Finalmente, respondí: "Mi padre sembró buenos recuerdos, hijos, me duele profundamente pensar en su ausencia, pero me fortalecerá grandemente el solo hecho de recordarlo cuando ya no esté". Al terminar de escribir este libro ya mi padre está celebrando la Pascua en el cielo. Me duele profundamente su ausencia pero me fortalecen y me llenan de alegría sus buenos recuerdos.

En ese momento, encontré un elemento valiosísimo que ahora quiero compartir contigo y es que esa nueva creación debe estar llena de una **siembra de buenos recuerdos.** Que los pasos que des, que las situaciones que tú propicies, estén precedidas por preguntas tales como: ¿Esto que voy a hacer o que estoy haciendo es agradable a los ojos de Dios? ¿Esto es lo que haría Jesús? **¿Será un buen recuerdo para mi pareja o para mis hijos?**

Revisa todo, tus modelos de comportamiento, tus costumbres, tus creencias, tu forma de hablar, la manera de exponer o imponer tus criterios, la aceptación que tienes de las otras personas y la flexibilidad que hay en ti para aceptar cambios. Recuerda una vez más, que somos diferentes y que puede ser que lo que es importante para uno, no lo sea para el otro o que se tengan escalas de valores y prioridades diferentes.

Como bases fundamentales, te planteo aquí cuatro elementos que cumplen el papel de pilares para que se dé una nueva creación:

Recuperar la confianza

Cuando se derrumba el muro de la confianza, reconstruirlo necesita de tiempo, dedicación y una muy buena dosis de fe. Fe es creer en lo que no se ve, en lo que no es evidente y aún más, es creer en lo que, a los ojos humanos, parece imposible.

Para recuperar la confianza hay que empezar por ver a la otra persona, no con nuestros ojos, sino con los ojos con

los que Dios la ve. Él, que nos conoce desde antes de nacer y de quien no nos podemos ocultar, nos ve de una manera diferente, como una obra salida de sus manos.

> *"Tú fuiste quien formó todo mi cuerpo; tú me formaste en el vientre de mi madre. Te alabo porque estoy maravillado, porque es maravilloso lo que has hecho. ¡De ello estoy bien convencido! No te fue oculto el desarrollo de mi cuerpo mientras yo era formado en lo secreto, mientras era formado en lo más profundo de la tierra. Tus ojos vieron mi cuerpo en formación; todo eso estaba escrito en tu libro. Habías señalado los días de mi vida cuando aún no existía ninguno de ellos" (Sal 139, 13-16).*

¿Cómo te sientes al darte cuenta que tanto tú como la persona que Dios puso en el camino para que compartiera la vida contigo son una maravilla salida de sus mismas manos? Entonces pídele a Dios que ponga en ti la misma visión que Él tuvo cuando los formó. De esta manera comenzarás a ver en tu pareja a una persona diferente a la que tú ves hoy. El paso que sigue es proclamar con la voz esa nueva visión y desde ya comenzar a darle gracias a Dios por lo que viene.

Aceptación

Una de las quejas más frecuentes que escuchamos cuando atendemos a parejas que están en dificultades, es que tan-

to uno como otro, manifiestan que no se dan los cambios que esperan en el actuar del otro. La conclusión es que es posible que estos tarden en llegar o que tal vez nunca se sucedan. Entonces la única alternativa es la aceptación, tanto de la propia persona como la de la pareja.

Primero tienes que aceptar que tú también eres una maravilla salida de las manos de Dios y que en el transcurso de los años te desviaste de esa persona que Él puso en ti, para convertirte en alguien que estás alejada o alejado de su plan original. Entonces, lo primero es identificar aquello que debes cambiar en ti y hacerlo; luego aceptarte tal como eres, aceptar tu sexo, tu figura, tu edad, cada una de las partes de tu cuerpo, tu voz y también aceptar con humildad los talentos que Dios te dio y los que has podido cultivar a lo largo de la existencia.

Por otro lado, se hace necesario también aceptar a la persona con quien vas a compartir la vida, hasta que la muerte los separe. Sí, es muy importante que tengan un diálogo, para que le puedas expresar todo lo que te gusta, lo que admiras, las cualidades que te gustaría que cultivara más, así como las que te gustaría que adquiriera. Manifiéstale cuánto la amas y cuánto la necesitas, sobre todo, exprésale que la aceptas tal como es.

Darle al cónyuge el primer lugar sobre la tierra

Hemos escuchado a muchas personas que con plena convicción dicen: el primer lugar en mi vida lo tiene mi mamá, lo tiene mi papá, lo tienen mis hijos, lo tiene el trabajo, o lo

tiene mi proyecto de vida. Queremos decirte que en el plan de Dios las prioridades son diferentes. El primer lugar lo debe ocupar el mismo Dios y, sobre la tierra, el primer lugar lo debe ocupar tu pareja, es decir, tu esposo o tu esposa.

El entender este orden de prioridades ha salvado muchos hogares, cuando comprenden que al darle el primer lugar al otro se está obrando de acuerdo al plan que Dios tiene para la pareja, el cual está expresado en el libro del Génesis, capítulo 2, verso 24:

> *"Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne".*

En un solo versículo el Señor nos da tres elementos que nos ayudan a comprender esto de las prioridades:

Primero nos habla de *"dejar"*, siendo muy claro que al optar por formar un hogar, una vida de pareja, se da un paso que implica cambio. Se deja una forma de vida para empezar la construcción de una nueva familia. En ningún momento nos habla de abandonar, porque debemos seguir honrando a nuestros padres, respetándolos y cuidando de ellos, pero es claro que se tiene una nueva opción y que el dejar implica hacer una nueva creación.

A continuación nos dice *"y se une a su mujer"*. El unirse es crecer en el amor, en el conocimiento mutuo, en compartirlo todo, de tal manera que no existan secretos ni temas ve-

dados en la relación. Otra forma de expresarlo podría ser hacer equipo para apoyarse mutuamente y para cumplir la promesa de permanencia aún en los momentos de mayor adversidad.

Por último nos habla de ser "*una sola carne*". Cuando se es un solo ser con la pareja, no queda ningún espacio para darle la prioridad a otra persona o a otra actividad, ¿cómo puedes darle el primer lugar a alguien o a algo diferente a tu esposa o a tu esposo si él o ella son uno solo contigo? El cuestionamiento que puede surgir a continuación es ¿y entonces qué pasa con los hijos? La respuesta es que serán los primeros beneficiados, al vivir en un ambiente apacible, abonado por la seguridad que se genera al tener unos padres que conforman una pareja sólida y estable, en donde obtendrán bases consistentes para la construcción de sus futuros hogares.

Dar sin esperar

La vida de pareja es una relación, en donde cambian por completo muchos de los conceptos sobre los cuales se mueve el mundo, para aplicar los que nos enseñó Jesús. Él dio la vida por nosotros y de la misma manera cada uno debe morir a sí mismo para dar sin esperar.

Cuando se da un detalle, se cede en alguna posición o se da alguna concesión esperando un agradecimiento, un cambio de comportamiento o alguna retribución, se corre el riesgo de tener frustraciones cuando no se recibe la respuesta esperada o cuando ésta tarda en llegar. Por eso, la fórmula

infalible es dar, sin esperar, todo lo que esté a nuestro alcance para triunfar en la empresa más importante que podemos emprender: el matrimonio.

Pidámosle juntos al Señor que nos ayude a hacer realidad el que en tu vida de pareja se realice una nueva creación, se realice el plan que Él diseñó para ustedes. Que todo lo que ha llegado a tu entendimiento se haga realidad y lo puedas encarnar como un verdadero estilo de vida.

Como en ocasiones anteriores, busca un lugar propio para la oración, quizás es el mismo en el que has estado otras veces y entonces de ahora en adelante lo vas a llamar "mi lugar de encuentro con Dios". Y allí di:

"Señor, te doy gracias porque he entendido que en tu infinita misericordia, me das la posibilidad, por la acción de tu Santo Espíritu, de ser un arquitecto o una arquitecta que con mis propias manos puedo hacer de mi familia una nueva creación.

Tomo la decisión de entregarte, en este mismo instante, todos los conceptos errados de lo que yo creía era una familia. Todo lo que viví en mi hogar paterno, las costumbres que yo creía inmodificables, los esquemas que se formaron en mi mente y que ahora reconozco me costó mucho aceptarlos, incluso me parecían absurdos. Mucho daño le he hecho a los míos con esto mismo y hasta este día me doy cuenta. Perdóname, Señor, y te pido que me des tu luz para llevarla conmigo a donde vaya.

Quiero sembrar recuerdos gratos, valiosos e imborrables en mi familia. Tengo el anhelo de que cuando yo me vaya a tu presencia, a quienes queden de mi familia los fortalezcan los recuerdos de lo que vivimos juntos, los momentos de vivo amor, juegos, risas y alegrías, como también aquellos en los que compartimos una tristeza o aquellos donde lloramos juntos.

Te doy gracias, Señor, por la maravilla que salió de tus manos cuando pensaste en mí. Te pido perdón por las veces que he rechazado alguna parte de mi cuerpo o de mi ser. Hoy quiero decirte que me acepto tal como soy. Acepto mi sexo, te doy gracias por él y no quiero ni siquiera pensar en que fuera diferente.

Al pensar en cada una de las partes de mi cuerpo, me doy cuenta que todas son absolutamente maravillosas y las acepto totalmente. Acepto el color de mi piel y el de mis ojos. La forma de mi cara, de mis brazos, de mis piernas y de mi cuerpo en general. Acepto mi estatura, la edad que tengo y, en fin, todo lo que tiene que ver con mi persona.

Ahora, Señor, te quiero hablar de mi pareja, la persona que me diste para compartir la vida. Te doy gracias por él o por ella y quiero decirte que reconozco que somos diferentes. Que tú nos hiciste así y permitiste que nos uniéramos para buscar la perfección, al complementarnos y apoyarnos en el camino hacia la salvación. Hoy tomo la decisión de aceptarle tal como es. No voy a tratar de cambiarlo o cambiarla con mis fuerzas o según mis deseos; más bien, hoy clamo a ti, Señor, para que seas tú quien lo moldees o la moldees. Yo, en

lo secreto, oro al Padre, para que pueda encontrar la forma correcta de ayudarle a llegar a los pies de Jesús y que un día podamos presentarnos juntos tomados de la mano ante ti, para decirte: Aquí estamos. Un día nos uniste y hoy, a pesar de todo, llegamos juntos al final del camino terrenal.

Reconozco que no le he dado a mi pareja el primer lugar y por eso Señor, Jesús, hago el compromiso ante ti, a partir de hoy, de darle a mi esposo o a mi esposa el primer lugar después de ti, por encima de mis hijos, de mi papá, de mi mamá, de mi trabajo y de cualquier cosa o persona que lo estuviera ocupando. Gracias, Señor, por hacerme entender cuál es la escala de valores y de prioridades que tú quieres.

Yo quiero darlo todo sin esperar nada a cambio. Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance, para hacer de mi familia la nueva creación que tú quieres. Lo hago pensando sólo en agradarte a ti, Señor, y con la certeza de que sólo tú me darás la recompensa.

Me dispongo a ver a mi pareja con los ojos con que la ves tú y clamo a ti para que me des esa misma visión. Por fe proclamo que hoy veo en él o en ella a una persona diferente, una persona a tu manera, según tu plan. Yo, por mi parte, te pido que me des la sabiduría para ser una ayuda eficaz y ayudarle a mi esposo o a mi esposa a encontrar el camino que tú le has trazado.

Gracias, Señor, por este momento, por tu fidelidad, por tu presencia y por amarme tanto. Gracias porque ahora estoy dispuesto o dispuesta para iniciar UNA NUEVA CREACIÓN. Amén.

CAPÍTULO 7

FAMILIA MISIONERA

"Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 19-20).

Cuando mi esposa y yo tuvimos una segunda oportunidad para construir un matrimonio feliz, inmediatamente comenzaron a pasar por nuestra mente los nombres y las situaciones de muchas parejas que estaban a nuestro alrededor. Recuerdo con claridad que al regresar de aquel primer encuentro matrimonial, en donde conocimos áreas ocultas de nuestra vida, nos perdonamos y decidimos construir juntos nuestro futuro, lo primero que hicimos fue llamar a mis suegros para invitarlos a que se inscribieran y así tuvieran la oportunidad de vivir lo mismo que nosotros acabábamos de descubrir. En ese momento no pensamos en los posibles

obstáculos que pudieran surgir, las objeciones del uno o del otro. Era tanto nuestro entusiasmo y era tal la condescendencia de ellos, que a la semana siguiente estaban sentados a nuestro lado en el salón en donde se recibía la charla previa a la inscripción. De ese momento en adelante no hallábamos la hora en que recibiéramos, de parte de los organizadores, la llamada para anunciarnos que a "nuestros ahijados" les habían asignado el cupo para vivir su fin de semana.

Unos meses después se dio el esperado suceso. Ellos fueron convocados y pudimos acompañarlos hasta el lugar. Les dimos el abrazo de despedida y los seguimos con la mirada hasta que los perdimos de vista en la primera vuelta del corredor que los conducía hacia el cuarto, que con toda seguridad serviría de testigo de las lágrimas, las sonrisas, los disgustos, los perdones y los "te quiero", así como lo había sido de los nuestros y los de muchas parejas que por esa misma experiencia habían pasado.

Cuando los vimos salir del encuentro, nuestros corazones querían salirse del pecho y las lágrimas no se hicieron esperar para brotar, volviendo borroso el panorama e impidiéndonos ver con claridad sus rostros, en cuyas expresiones tratábamos de descubrir cómo les había ido. Al momento nos fundimos en un abrazo que contestó todas las preguntas, y en ese contacto en donde las palabras sobran, percibimos con claridad que había gratitud, alegría, gozo y, sobre todo, mucha esperanza.

Sin darnos cuenta, habíamos dado nuestros primeros pasos como familia misionera, al compartir con mis suegros,

con otros familiares y amigos lo que habíamos vivido. De tal manera, que insistentemente varios de ellos comenzaron a recibir nuestra invitación para que se dieran una nueva oportunidad. Las excusas, como la falta de tiempo, incluso de dinero, las expresiones como: "Esto no es para nosotros, nosotros no tenemos problemas, es demasiado tarde o mejor más adelante", no se hicieron esperar. Sin embargo, en muchos casos la gracia de Dios nos fortalecía para seguir constantes y hoy son muchas las parejas y familias que se han dado una segunda oportunidad.

La idea que yo tenía de un misionero, era la de aquella persona que en un gesto de inalcanzable valentía, se calzaba unas sandalias y se lanzaba a recorrer el mundo en busca de indígenas o de personas residentes en latitudes donde se profesan otras religiones. No me imaginaba que cualquiera de nosotros puede ser misionero de diversas formas, y de lo que aún no era consciente, es que anunciar el evangelio es un mandato de Dios para todos nosotros, como lo veremos más adelante.

No basta con que solamente tu familia reciba bendición. Tu familia ha sido concebida por Dios para que dé frutos y frutos buenos. Fue diseñada para salir de sí misma, para extender la mano y ayudar a otros:

> *"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al*

Padre en mi nombre os lo conceda. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros" (*Juan 15,16-17).*

Cada familia debe producir frutos con buena semilla para ser sembrada y que dé nuevos frutos también con buena semilla.

En la primera etapa, la pareja recibe alimento para fortalecerse, para conocerse, para crecer en la unidad. Está centrada sobre ella misma, es como un niño recién nacido que Dios empieza a cuidar a través de otros y los va alimentando con su Palabra. Pero luego, ya fortalecidos o en proceso, el Señor los invita a responder al llamado hecho en el Bautismo, de ser discípulos suyos, mensajeros de su evangelio y a ser capaces de compartir con otros lo que Él ha hecho en nosotros.

Seguimos avanzando vinculándonos a Obras Misionales Pontificias, una institución que el Santo Padre ha creado para animar y formar en la misión a toda la Iglesia. Allí aprendimos que hay varios ambientes para la evangelización:

1. Donde no se conoce a Jesucristo: LLEVANDO EL EVANGELIO A QUIENES NO CONOCEN A CRISTO REDENTOR del hombre: "pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales, donde Cristo y su evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos" (*Redemptoris Missio* 33b).

2. Donde se ha recibido el mensaje y no se ha puesto en práctica: es la llamada "Nueva evangelización", LA MISIÓN HACIA LOS CATÓLICOS ALEJADOS, "una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, pero también a veces en las iglesias jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe e incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio".

3. Donde están viviendo el mensaje pero necesitan ser fortalecidos: Es la ATENCIÓN PASTORAL a las personas comprometidas como líderes de la Iglesia. Es apoyar a las comunidades eclesiales para que maduren y se fomenten los valores evangélicos entre los buenos católicos. Hay también comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas; tienen un gran fervor de fe y de vida; irradian el testimonio del Evangelio en su ambiente y sienten el compromiso de la misión universal (RM, 33c).

Aprendimos que en el mundo hay más de 4.000 millones de personas que no conocen a Jesucristo. Esta noticia nos pareció impresionante y tocó lo profundo de nuestro corazón, entendimos que la misión es para todos y es un mandato de Jesús y por eso nuestra misión debe ir más allá de las fronteras.

Esta etapa, a la que el proceso te invita, es muy especial, porque ya no estarás esperando pasivamente a que otros tomen la iniciativa de ayudar a tantas personas necesitadas de luz, sino que llegó la hora de sembrar y cosechar, recor-

dando que "ÉL ESTARÁ CON NOSOTROS TODOS LOS DÍAS HASTA EL FIN DEL MUNDO" (Mt 28, 20).

Con seguridad aparecerán temores, inseguridades o dudas que intentarán frenar tu crecimiento. Algunos dirán: "Yo no puedo"; otro dirá: "Todavía no estoy preparado", nosotros también lo pensábamos, pero Él iba haciendo grandes cosas. Recuerda que: el Señor capacita a los que llama. Observémoslo en el llamado que Jesús le hizo a sus discípulos. Eran pescadores que después sorprendieron al mundo predicando y dando testimonio con una fuerza insospechada.

Al principio nosotros sentíamos también mucho temor pero el día que leímos en la encíclica *Misión del Redentor*, que el Espíritu Santo es el Protagonista de la Misión fue como un alivio, pues comprendimos que nosotros sólo nos disponemos para servir y el Espíritu Santo es quien da la sabiduría, la fuerza y la valentía. Él es el verdadero protagonista de la misión. Nosotros solamente disponemos nuestros labios, nuestro corazón y empezamos a compartir lo que hemos vivido. Él irá cosechando en nuestra relación de pareja, en nuestra familia y en las demás generaciones el amor, el perdón y, sobre todo, el gozo.

Recordando este inicio, sentimos profunda gratitud porque la fidelidad que Dios ha tenido con nosotros como familia y con multitud de parejas y familias es muy grande. Es muy posible que Él te esté haciendo conocer todo esto porque tiene reservadas muchas bendiciones para ti, para tu pareja y tu familia. La clave está en ser discípulos y misioneros desde donde estemos.

No sembrar es convertirse en un mendigo espiritual, que tarde o temprano morirá de hambre ya que su fe se apagará. O bien seguirá pasando de persona a persona, de grupo en grupo, de mesa en mesa en una infructuosa búsqueda y sus capacidades y talentos, enterrados, se atrofiarán.

Es necesario y urgente "plantar viñas". "Sembrad, segad, plantad y comed de su fruto", dice el profeta Isaías. Sembrar y cosechar para dar con abundancia lo que cada uno ha recibido del Señor.

Muchas parejas reciben y reciben, como se dice en el argot popular, "engordan espiritualmente", pero encerradas en sí mismas o en su familia, y no se dan cuenta que muchos están esperando por ellas. Quizá no han comprendido que hasta ahí no han cumplido con su condición de ser cristianos, como dice Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Missio:* "La familia Cristiana, o es Misionera o no es familia cristiana". Podríamos parafrasear lo mismo: La pareja cristiana o es misionera o no es pareja cristiana, el hombre o la mujer o son misioneros o no son plenamente cristianos, porque la razón de ser de la Iglesia es ser misionera como Jesús fue el misionero del Padre.

Busca el llamado para tu vida, ora en el Espíritu para que puedas discernir a quién, dónde, cómo ayudar a extender el mensaje del amor. Recuerda que el llamado es en pareja, en familia, en comunidad como Iglesia.

Surgen algunos interrogantes:

¿Cómo podemos ser familia misionera?

¿A dónde podemos ir?

Para responder estas preguntas, podemos empezar diciendo que para ser misioneros no se requiere ir muy lejos; no hay que andar "con túnica y sandalias". El primer territorio de misión lo tenemos con nuestra pareja y con nuestra propia familia. En la comunidad: los vecinos, amigos, compañeros de trabajo, nuestra parroquia y por último hacia todas las gentes, más allá de las fronteras, que es llevar la Buena Nueva a aquellos que no han oído hablar de Jesús, así como los que geográficamente están lejos en otras ciudades, países y continentes.

El cómo hacerlo: empieza orando por otras parejas y familias que están necesitadas, por los misioneros y misioneras que por todo el mundo son instrumentos de Dios.

Ser misionero es asumir la octava Bienaventuranza:

> *"Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos" (Mt 5, 10).*

Es afrontar la prueba cuando trabajamos por Jesús que es el Justo. Para enfrentar con valentía el reto de ir, es necesario dejar los temores y asumir el mandato misionero: "Id y evangelizad a todas las gentes…", es apoyar económica y materialmente el sostenimiento de las personas que dedican su vida a la extensión del Reino, es servir al más necesitado y, sobre todo, anunciar que Jesús está vivo y en Él está la felicidad.

Después de haber comprendido esto, seguimos en el camino esforzándonos por escuchar la voz de Dios y no la nuestra.

Estábamos en una difícil época de violencia en nuestro país, Isabel y yo pensamos que lo mejor para nuestros pequeños hijos y para nosotros, era que nos fuéramos a vivir a otro país, en donde nos viéramos lejos de la influencia del terrorismo y las bombas que con frecuencia escuchábamos explotar y de las noticias trágicas que ese día opacaban las más dolorosas del día anterior. Quizás hubiera sido lo más fácil, pero en un momento de discernimiento entendimos que Dios quería que permaneciéramos en nuestro país, donde había más necesidad y donde hemos tenido los momentos más gloriosos de nuestra vida.

En el año de 1989 el padre Julio Daniel Botía, hermano de Isabel, fue nombrado director de las Obras Misionales Pontificias (OMP) para Colombia, hecho que significó mucho para nuestra proyección apostólica. El padre Julio fue quien presenció nuestro matrimonio, nos ha escuchado en diversos momentos de nuestra vida, nos ha apoyado de todas las formas posibles y principalmente ha sido nuestro guía espiritual. Rápidamente nos vimos involucrados en los nuevos frentes de trabajo que de inmediato se abrieron. Se vio la necesidad de crear espacios propios para darle continuidad al proceso de Infancia Misionera y Juventud Misionera de tal manera que se involucrara a toda la familia.

Lo que surgió dejó una huella indeleble en nuestra vida, porque encontramos la posibilidad de promover un espa-

cio para que la familia crezca, se conozca y se proyecte. Convocamos a un primer encuentro de familias y para organizarlo nos apoyamos en parejas y familias líderes de movimientos tan reconocidos como lo son el Encuentro Matrimonial, Encuentro Familiar y Equipos de Nuestra Señora. Con ellos se estructuraron los temas y luego se realizó un primer encuentro, al cual asistieron familias de varias regiones del país.

Esta experiencia nos mostró la gran necesidad que tienen las familias de fomentar espacios donde sus miembros se conozcan y puedan crecer en el amor, en el conocimiento de la Palabra de Dios y así buscar convertirse en una pequeña Iglesia Doméstica.

Se hizo evidente el texto que encontramos en Mateo 9, 37: "*La mies es mucha y los obreros son pocos*", porque rápidamente comenzaron a llegar requerimientos de varios lugares, solicitando que se realizaran los encuentros.

Nos unimos con otras familias para constituir un equipo de trabajo. Se comenzaron a escribir guías para reuniones familiares, las cuales se publicaban en la revista Misiones y se atendían, en la medida de nuestras posibilidades, las solicitudes que llegaban para realizar encuentros en otras regiones. Fue así como nació FAMILIA MISIONERA.

A mediados de 1990 tuvimos la oportunidad de asistir al COMLA IV (Congreso Misionero Latinoamericano) que se realizó en la ciudad de Lima - Perú. Fue una experiencia inolvidable, pues en medio de un gran número de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, fuimos la única familia que se

hizo presente en ese evento. Tuvimos la oportunidad de presentar el naciente trabajo que se estaba realizando con las familias en Colombia y el testimonio de nuestros pequeños hijos, de ocho y diez años, fue muy bien recibido por los asistentes. Ese hecho sembró una semilla en las delegaciones de los países participantes. No olvidamos la cara de alegría de unos cuantos participantes cuando escucharon las sencillas palabras que irrumpieron con mucha fuerza de la boca de Eduardito: "Ser familia misionera es muy chévere" y la estrofa que cantó Jorgito del himno de infancia misionera: "Fuego he venido a traer a la tierra, quiero que arda sin descansar; soy misionero y aunque pequeño, sirvo con gozo al rey celestial". Nuestros dos hijos menores, Camilo Andrés y Óscar Mauricio, iban impregnándose también de este ardor misionero, hoy en día predicamos juntos y realizamos servicios misioneros que nos unen y nos fortalecen cada vez más.

Cinco años después se realizó el COMLA V en la ciudad de Bello Horizonte en el Brasil. Como fruto del trabajo realizado, en este evento se incluyó dentro de la programación la participación de Familias Misioneras procedentes de varios países. Se realizó un encuentro de familias y en la delegación de Colombia figuraron tres familias que dieron testimonio sobre cómo se puede ser misioneros a partir del propio seno de la familia.

Para la gloria de Dios, esta espiritualidad de la familia se ha seguido extendiendo a varios países, porque Él sólo requiere encontrar corazones dispuestos en personas que den

pequeños pasos, los cuales en las manos de Dios se convierten en pasos gigantescos.

Tú también puedes hacer de tu familia una FAMILIA MISIONERA. La luz que se ha encendido para iluminar tu vida, no se puede quedar encerrada únicamente en tu familia. Esa luz debe ser trasladada a otros y Dios necesita de tus manos, tus pies, tu voz y tu disponibilidad para llevarla.

Las preguntas que surgen de inmediato son: ¿cómo puedo empezar?, ¿qué debo hacer?, ¿a quiénes debo dirigirme?

Quiero decirte que la familia misionera es una familia normal, que tiene sus luchas y sus alegrías, pero que se diferencia porque reconoce la presencia de Jesús en el seno mismo de la familia. De tal manera que sus miembros buscan la presencia de Dios en la vida cotidiana, viven en su interior como comunidad de vida y amor. Es una familia CRISTIANA que comparte lo que vive: su fe, su vida, su amor, sus bienes y se siente en comunión y responsable de la evangelización universal.

La familia que es nueva creación, es la familia que cumple su misión porque:

Crece en su interior.

Evangeliza en su entorno

Va más allá de sus fronteras.

¿Cómo vive una Familia Misionera en su interior?

- Vive como "Comunidad de vida y de amor".
- Comparte lo que es y lo que tiene.
- Se ayuda a crecer en la fe, compartiendo la Palabra de Dios, la Eucaristía, los sacramentos y la oración familiar.
- Destina suficiente tiempo al diálogo y al compartir familiar.
- Sirve y apoya a cada miembro de la familia en las diferentes circunstancias.
- Se comprende, se reconcilia, vive el amor en cada momento y comparte con otras familias.
- Vive siempre con Jesús, que es el corazón de la Familia Misionera.

Qué hermoso ha sido, como familia, entender y practicar el ser misioneros entre nosotros mismos, viviendo una espiritualidad en el compartir diario, de una manera sencilla.

Uno de nuestros anhelos más profundos ha sido el de contar con la confianza de nuestros hijos, de tal manera que cuando ellos pasen por situaciones difíciles, cometan errores o simplemente necesiten hablar con alguna persona, piensen en nosotros como alguien en quienes pueden confiar para compartir sus penas o para buscar apoyo en las decisiones que tengan que tomar. ¿Cómo lograrlo sin que se sientan juzgados o reprendidos?

Entre las formas más eficaces está **el compartir con cada uno de nuestros hijos de manera individual.** Salimos a pasear o a caminar, de tal manera que se propicien diálogos profundos en donde yo les comparto mi vida y ellos abren su corazón para dejar salir inquietudes, preocupaciones o problemas que estén afrontando, lo mismo que hacen con Isabel cuando ella los invita de manera personal. Con frecuencia estos diálogos se matizan con bellos momentos de oración en donde terminamos tomados de la mano o abrazados, pidiéndonos perdón si en algo nos hemos ofendido y pidiéndole a Dios que nos dé la luz que necesitamos o el consuelo que nosotros solos no podemos encontrar.

Otra herramienta que ha sido determinante es realizar **el encuentro semanal de familia.** Es una reunión agradable que hace la familia una vez por semana y que dura de una a dos horas. Allí se comparten de manera creativa muchas vivencias, se crece en unidad, en espiritualidad y en general en todos los aspectos.

Para iniciar, se acuerda con toda la familia el día y la hora de la reunión y se designa para cada encuentro un coordinador, de tal manera que todos participen en su organización, sin importar la edad. Es muy bello cuando los niños, con su ingenua creatividad, asumen con seriedad el reto de coordinar una reunión. En el caso que sean muy pequeños, se les asigna alguien más que los pueda apoyar.

Como una guía para la reunión, te sugerimos los siguientes pasos:

1. Iniciar con una oración o un canto.
2. Proponer una dinámica, un juego, que esté en relación con el tema a tratar.
3. Hacer una lectura bíblica sobre la cual se reflexiona, ayudados por algunas preguntas.
4. Una dinámica individual algunas veces y otras en familia, que nos permita profundizar sobre un tema de formación.
5. Dar un espacio para que quienes lo deseen compartan cómo les fue en la semana anterior o sobre situaciones personales que estén viviendo.
6. Plantear compromisos o proyectos como familia que estén encaminados a fortalecer el camino como Familia Misionera.
7. Se termina con una oración por todas las necesidades particulares, familiares y del mundo.

Para nosotros como familia, la reunión semanal nos ha reportado grandes beneficios. Hay épocas en que no la podemos realizar cada ocho días, pero no dejamos pasar períodos largos sin hacerla. Las iniciamos cuando nuestros hijos estaban muy pequeños, y para todos se volvió algo normal dentro de la dinámica familiar. Es posible que cuando trates de ponerlo en práctica encuentres resistencia. Entonces, el consejo es que no te vayas a afanar, tampoco vayas a presionar a los tuyos para que la realicen. Empieza

con los que quieran y verás que poco a poco los demás se irán uniendo.

Seguimos buscando la unidad al interior de nuestra familia y empezamos a entender más claramente que debíamos proyectarnos en nuestro entorno.

¿Cómo se proyecta una Familia Misionera en su entorno?

Al mirar a nuestro alrededor y descubrir la gran necesidad que viven las familias que están en nuestro cotidiano entorno, surge como una necesidad cumplir el Mandato Misionero:

> *"Id y evangelizad a todas las gentes… enseñándoles todo lo que Él nos ha enseñado… Él estará con nosotros hasta el fin del mundo".*

Estamos llamados a trascender, a no quedarnos con el tesoro que hemos encontrado, sino que debemos compartirlo.

Algunas personas pueden pensar que hasta que no estén perfectos al interior de su familia, no pueden o no deben proyectarse a otras. La búsqueda de la perfección se convierte en un obstáculo para la proyección. Es fundamental que haya coherencia, transparencia y un buen testimonio de amor y de perdón, y desde esa experiencia de familia, ayudar a otros y aprender de ellos. Aprendimos que la Familia Misionera comparte con sus familiares, amigos, compañeros de trabajo, vecinos y en la parroquia, lo que ha recibido:

- La fe y el espíritu misionero.
- El servicio y ayuda mutua.
- Las experiencias de progreso familiar.
- Da testimonio de unidad, de oración y de reconciliación.
- Ayuda a que otras familias necesitadas crezcan en su fe y la compartan.
- Comparte sus bienes materiales.
- Anuncia abiertamente a Jesús y sus enseñanzas.

Tu familia también se puede proyectar. Mira a tu alrededor y no tendrás que ir muy lejos para descubrir personas y familias necesitadas; no solamente en el área económica, hay tanta o más necesidades en los aspectos de promoción humana, acompañamiento, ánimo y especialmente en el aspecto espiritual.

Busca una familia hermana para ayudarla y dejarte ayudar por ella y para crecer en la fraternidad. Déjate invadir del inmenso gozo de ser instrumento de Dios para promover a un grupo de personas, preferiblemente sin que ellos sepan cuál es la fuente de los recursos que los están ayudando a salir adelante.

Dirígete con decisión a tu parroquia, para que con tu familia participen en las diferentes actividades que allí se realizan y, sobre todo, para poner a disposición de la comunidad todos los talentos que Dios les ha dado como personas y como familias.

Una de las cosas que más nos gustó y nos retó fue conocer que la familia puede ayudar desde donde esté a otras familias del mundo entero. Queremos que tú también te goces de esta posibilidad.

¿Cómo se proyecta una Familia Misionera más allá de sus fronteras?

Empecemos por aclarar que las fronteras pueden ser geográficas, culturales o sicológicas, es decir, todo aquello que signifique proyectarse a un ámbito nuevo.

El Señor nos puede llamar a dar testimonio y a proclamar mensajes de reconciliación a lugares fuera de nuestra patria o de nuestro territorio habitual, en donde existen millones de personas que no han escuchado hablar del mensaje de salvación, o a comunidades que sin estar geográficamente lejos también necesitan ser evangelizadas.

Suele ocurrir que las barreras están en nuestro interior. Hay temores o predisposiciones que nos hacen creer que algunas personas o algunos espacios son indignos o inalcanzables, como por ejemplo algunos familiares o el ámbito laboral. También puede ser que las barreras sean por creer que no lo podemos hacer, que no tenemos la capacidad o que aún no es el momento. El Señor quiere corazones dispuestos y desea escuchar respuestas como la del profeta:

"Entonces oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré? ¿Y quién irá de parte nuestra? Dije: Heme aquí: envíame" (Is 6, 8).

En las Sagradas Escrituras encontramos varios casos de personajes que se resistieron de muchas maneras al llamado de Dios. Unos como Moisés decían: "*Es que yo no sé hablar*", y otros como Jeremías decían: "*¡Ay, Señor! ¡Yo soy muy joven y no sé hablar!*". En cambio, María no dudó, aún ante lo difícil que resultaba para la cultura de la época quedar embarazada sin estar casada; respondió con un "sí" incondicional:

> *"He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lucas 1, 38).*

Déjense guiar por la voz de Dios y prepárense para hacer de su familia una Familia Misionera:

- Sintiéndose parte de una familia universal.
- Orando todos los días por los misioneros y por todas las misiones del mundo.
- Ofreciendo su trabajo, sacrificios y dando la ofrenda económica para ayudar a las misiones.
- Prestando servicios en otros barrios, pueblos, veredas o en otras parroquias.
- Además estando dispuestos, si Dios los llama, para ir a evangelizar a otras regiones o países, o al lugar donde Él los necesite más allá de las fronteras.

Si no pueden ir, pueden ayudar para que otros vayan, comprometiéndose seriamente con sus aportes económicos y también animando a quienes están en el camino misionero.

Prepárense para la prueba:

Muy posiblemente empezarán a presentarse distracciones, dudas y dispersión; pero unidos en oración y fluyendo en un mismo espíritu, detectarán estos ataques del mal y fortalecerán sus cimientos. No permitan que el mal, ni sus propios malos deseos, los dispersen o los saquen del camino de bendición que se encuentra cuando se da el paso de ser instrumentos de Dios para anunciar la Buena Nueva a tantas y tantas personas que lo necesitan. Protéjanse con la armadura de Dios:

> *"Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder" (Efesios 6,10).*

Y siempre estén en discernimiento para corregir y ajustar, así como para saber cuál es el siguiente paso.

Dios recompensa a quienes perseveren y salgan victoriosos:

> *"Así, cuando aparezca el Pastor principal, ustedes recibirán la corona de la gloria, una corona que jamás se marchitará" (1P 5, 4).*

Ahora, como lo hemos hecho en ocasiones anteriores, busca tu lugar de encuentro con el Señor y prepárate para que Él te hable.

Lee varias veces y con sumo cuidado el siguiente texto:

"Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí.

Yo dije: '¡Ah, Señor Yahvé! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho'.

Y me dijo Yahvé: No digas: 'Soy un muchacho', pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte.

Entonces alargó Yahvé su mano y tocó mi boca. Y me dijo Yahvé: 'Mira que he puesto mis palabras en tu boca. Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para perder y derrocar, para reconstruir y plantar' (Jeremías 1, 5-10).

Ahora, en un momento de reflexión, identifica lo que Él te quiere decir hoy a través de este texto de Jeremías. Responde las siguientes preguntas:

- ¿A qué me invita el Señor cuando me dice que desde antes de haberme formado en el seno materno, me conocía y me consagró como profeta de las naciones?
- ¿Qué pasos concretos voy a dar para cumplir con el Mandato Misionero de ir a evangelizar a todas las gentes? (Mt 28, 19-20).

- ¿Qué acciones voy a emprender para ayudar a que mi pareja y mi familia sean pareja misionera y familia misionera?
- Pide en oración al Espíritu Santo que te dé la fuerza, la sabiduría y el valor para dar los pasos que Jesús te pide.

Queremos terminar este capítulo dándole infinitas gracias a Dios porque nos ha permitido conocer la inmensidad de sus bendiciones desde que nos consagramos a Él como familia misionera. Pedimos que su gracia cubra a todas las familias de la comunidad Hombres y Mujeres de Futuro en donde, desde comienzos del año 1997, Dios nos ha llamado a continuar con la extensión de su Reino. Que desde esta preciosa comunidad se sigan extendiendo a todos los extremos de la tierra familias misioneras mensajeras de reconciliación.

Igualmente pedimos para ti, apreciado lector, la abundancia de bendiciones para tu familia.

El que en abundancia siembra en abundancia recoge frutos para esta vida y para la vida eterna.

CAPÍTULO 8

AL FINAL DEL CAMINO

"Llévame grabada en tu corazón, ¡llévame grabada en tu brazo! El amor es inquebrantable como la muerte; la pasión, inflexible como el sepulcro. ¡El fuego ardiente del amor es una llama divina! El agua de todos los mares no podría apagar el amor; tampoco los ríos podrían extinguirlo. Si alguien ofreciera todas sus riquezas a cambio del amor, burlas tan sólo recibiría" (Ct 8, 6-7).

Es posible llegar a pensar que por el hecho de ser cristianos se tenga una garantía de éxito en la vida de pareja. Y en realidad lo es si se vive el cristianismo en la cotidianidad de la relación y se mantiene a Jesús como el centro de la familia.

Sin embargo, hay que reconocer que en el diario vivir son muchas las aguas que tratan de apagar la llama del amor. Nos preocupamos mucho por ser padres exitosos, olvidán-

donos que no existe un padre exitoso si no hay un esposo o una esposa exitoso y que como resultado de una vida enfocada en buscar el éxito en la relación de pareja se obtendrá el reconocimiento como ¡padres exitosos!

Por otro lado, ante la realidad de que la convivencia con los hijos es transitoria, quienes están llamados a permanecer juntos, ¡hasta que la muerte los separe!, son los esposos.

¿Estamos preparados para compartir nuestra vejez? Cuando ya los polluelos hayan abandonado el nido, cuando ya las circunstancias nos obliguen a compartir la mayoría de nuestro tiempo, ¿cómo será nuestra convivencia? Cuando nos hicimos esta pregunta, surgieron inquietudes sobre cómo será nuestra vida en áreas como la salud, la economía, las actividades diarias, el diálogo, la dependencia mutua y, en fin, tantos aspectos que componen la relación.

En conclusión, la vida nos obligará a enfrentarnos y como no sabemos bajo qué circunstancias será, el camino que nos queda es vivir intensamente nuestra relación de pareja hoy, de tal manera que nos sirva de preparación para ese tiempo venidero que desde ahora comenzamos a añorar.

Si hay algún grupo de personas que debería tener matrimonios exitosos somos los cristianos. Tenemos: A Jesús, su Palabra a través de la Biblia, el Espíritu Santo, los sacramentos, la vida comunitaria y, sin embargo, muchos están fallando. **Si tu cristianismo no sirve en casa, entonces no sirve. Así que si queremos ser buenos padres, debemos concentrarnos en ser buenos esposos.**

Cuando estábamos pensando sobre cómo concluir este escrito, dimos una mirada a las diferentes etapas de la vida de pareja y nos dimos cuenta de la importancia de prepararse para compartir la vejez. Al mirar a nuestro alrededor nos encontramos con varios ejemplos, que nos deben servir como espejos para tener una preparación que nos aporte elementos y sirvan de base para esa etapa de la vida que debe ser la mejor de todas.

Pensemos por un instante en lo que será tener todo el tiempo para estar juntos. Un espacio donde ya no se tengan las preocupaciones por las tareas escolares, por la fiebre del niño o de la niña, por salir temprano para la oficina, en donde tengamos todo el tiempo para hablar, para amarnos y para compartir todos los instantes de la vida. ¿No era justamente lo que añorábamos cuando éramos novios? Pues desde ahora visualicemos esa realidad y preparémonos para esperarla con la ilusión de que será la mejor etapa de la vida de pareja.

Describir algunos modelos que hemos conocido en nuestro entorno o a través de las situaciones que viven algunas de las parejas que piden ser escuchadas en consejería, nos ayudará a identificar elementos valiosos que nos servirán como preparación para envejecer juntos.

Ausencia de gozo

Caminábamos Isabel y yo por una de las calles de la ciudad, cuando vimos a lo lejos una pareja mayor que iba delante de nosotros. A pesar de que no alcanzábamos a es-

cucharlos, por su actitud y ademanes se podía deducir fácilmente que estaban discutiendo. Caminaban distantes el uno del otro, a ratos se detenían, en otros momentos él apresuraba el paso y ella caminaba con dificultad detrás tratando de alcanzarlo. Cuando estuvimos más cerca, con sorpresa nos dimos cuenta que eran nuestros viejos amigos Rubén y Carmenza, a quienes no veíamos desde hacía más de quince años.

Nos conocimos cuando coincidimos en un grupo de promoción familiar, donde tuvimos la oportunidad de compartir reuniones periódicas durante varios años, con parejas que compartíamos los mismos intereses. Desde esa época se notaba el espíritu conflictivo de esta pareja. Se irritaban por cosas sencillas y se dejaban agobiar, extremadamente, por las dificultades económicas. Rubén era quien aportaba lo necesario para el sostenimiento de la familia y Carmenza se ocupaba de atender el hogar.

Cuando ellos nos vieron, la sorpresa y la alegría del encuentro les hizo olvidar por un momento la discusión que tenían, de tal manera que los minutos que dedicamos a conversar se constituyeron en una especie de tregua. Después de los saludos de rigor y de habernos puesto al día, a grandes rasgos, de lo que había pasado en tantos años con nuestros hijos y nuestras vidas, vino la pregunta obligada a cerca de cómo estábamos en ese momento. La respuesta de ellos fue pesimista, muy similar a la de años atrás. La gran diferencia es que ahora Rubén ya no tiene trabajo, y como lo dijo él mismo con un rasgo de desilusión en su mirada, dependemos para subsistir de lo que nos dan nuestros hijos.

Ese encuentro, aparentemente intrascendente, nos hizo reflexionar sobre cómo nos toman ventaja algunos factores negativos que se vuelven permanentes en la relación y nos quitan la paz. Con facilidad vimos que no había gozo en esa relación; que se habían acostumbrado el uno al otro a estar discutiendo y que en lugar de aceptarse, a lo que habían llegado era a soportarse.

Dependencia enfermiza

En una ocasión llegaron a nosotros para ser atendidos en consejería José y Nidia, una pareja de ancianos, quienes habían aceptado la sugerencia de sus hijos de explorar esta posibilidad, aunque pensaban que con sus más de cincuenta años de matrimonio no debería haber mucho que aprender y mucho menos que cambiar en su relación.

Cuando los vimos entrar tomados de la mano y con un rostro alegre, Isabel y yo pensamos que no sería mucho lo que le podríamos aportar a esta pareja de rostros alegres y reposados que aparentemente nos doblaban en edad. La metodología que hemos adoptado para atender a las parejas es: escucharlos a los dos simultáneamente por unos minutos, luego Isabel se reúne en un lugar aparte con la mujer y yo lo hago en otro lugar con el hombre, o viceversa, para dar un espacio en donde cada uno pueda hablar sin reservas sobre lo que hay en su interior, luego finalizamos juntos, para compartir algunas conclusiones y orar por la pareja.

En el primer momento cuando les pedimos que expresaran qué motivaciones tenían para estar allí, cada uno des-

tacó que eran una pareja muy feliz. Hablaron de las cualidades que veían en el otro y que las diferencias no pasaban de lo que se considera normal en una relación, como son pequeños disgustos, caprichos o necedades, tal vez, atribuidas a los años que ya pesaban sobre sus hombros. Ambos hicieron énfasis en que compartían todo el tiempo y que andaban juntos para todos lados.

Cuando llegó el segundo momento de hablar a solas con José, le pregunté si había algo que le disgustara de su esposa y que, tal vez, él no se atrevía a mencionar delante de ella. Lo motivé para que se sintiera tranquilo, diciéndole que podía confiar plenamente en mi discreción. Estas palabras hicieron un efecto similar al de abrir una válvula para dejar escapar un caudal de agua a presión.

Empezó diciendo:

"Sólo puedo hacer lo que a ella le gusta. Si yo quiero ir a alguna parte, así sea a visitar a un amigo o a uno de mis hermanos, si ella no está en disposición de ir yo tampoco puedo hacerlo. Aparentemente somos muy felices, pero yo lo que hago es ser complaciente para evitar disgustos. Yo la quiero mucho, pero a veces me siento asfixiado. A mí me gusta interactuar con otras personas, pertenecer a grupos comunitarios, pero como ella es tímida y no quiere hacerlo, me frena y pone todos los obstáculos posibles para que yo no lo haga, aunque la invito y me gustaría que fuéramos juntos".

Algunas cosas más dijo José, pero ya yo había captado la esencia del por qué Dios los había llevado a una expe-

riencia que aparentemente no necesitaban. Fue evidente que el problema no era solamente de Nidia, también José inconscientemente había desarrollado una dependencia que le impedía dar un paso solo y su fuerza de voluntad se volvió débil para persistir en lo que realmente deseaba.

Por el otro lado, Nidia también le manifestó a Isabel que en ella habían insatisfacciones similares. También se sentía ahogada y sobre todo muy temerosa. Se sentía insegura y con angustia con sólo pensar que José no estuviera cerca de ella.

Al analizar casos como éste, nos hemos dado cuenta que son comportamientos que se construyen a través de la vida. Se va generando tal dependencia mutua que se termina por perder la individualidad. Con frecuencia encontramos raíces que vienen desde la niñez o de algunas situaciones vividas en la vida de pareja, cuando por episodios desafortunados se pierde la confianza en sí mismo y en el otro. Entonces, una falsa forma de asegurarse es estar físicamente juntos permanentemente.

Cuando nos volvimos a reunir los cuatro para cerrar la sesión, José y Nidia pudieron expresarse los temores y anhelos que cada uno tenía. Se pidieron perdón, le dieron gracias a Dios por haber podido decir eso que tenían tan adentro, e hicieron propósitos de ayudarse mutuamente para buscar la realización del otro.

Después de que ellos se fueron, nos quedamos reflexionando sobre cómo, sin importar los años, hay áreas de nues-

tra vida que desconocemos y sobre cómo se pueden encontrar caminos para la felicidad y la realización personal, si abrimos el corazón, si nos declaramos necesitados de Dios y estamos dispuestos a aceptar que Él nos seguirá moldeando hasta el final de nuestra vida.

Te invito a bailar

En otra ocasión nos invitaron a Isabel y a mí a compartir con uno de los grupos que han realizado ciclos de talleres de Parejas Victoriosas. Ese día se tenía prevista una sorpresa para después de la reunión ordinaria. El motivo era que una de las parejas estaba cumpliendo veinticinco años de matrimonio y sus hijos llegaron con un grupo musical para darles una serenata.

Después de las canciones románticas y de las dedicatorias que nos hicieron evocar esa bella época del romance, el grupo musical comenzó a interpretar canciones bailables, que de inmediato nos hicieron levantar de los asientos. Todas las parejas, muy animadas, bailamos sin cesar hasta que hubo un momento de descanso. Fue en ese instante cuando se escuchó la voz de María que exclamaba sonriendo: "Hacía treinta y dos años que no bailábamos". Todos los miramos asombrados y sin ocultar la curiosidad esperamos que siguieran hablando, con la expectativa de saber el por qué se habían privado de ese placer tan propio de los enamorados.

No había mayores explicaciones. Simplemente un día, hace tantos años, bailaron por última vez y, sin saber por

qué, no lo habían vuelto a hacer hasta esa noche. Así como ellos, muchas parejas de adultos mayores se van olvidando poco a poco del romanticismo, hasta que con el paso de los años pareciera que se convirtieran en un par de amigos que escasamente se saludan o se despiden con un apretón de manos o con un gesto.

Qué hermoso es descubrir que esencialmente seguimos siendo iguales, que somos como un cofre que guarda un valioso tesoro. El paso de los años puede deteriorar el cofre por fuera, le puede hacer perder el color y hasta las paredes se pueden agrietar, pero el tesoro seguirá intacto en su interior. Así mismo somos nosotros. Los sueños, las ilusiones y los sentimientos pueden seguir incólumes, así pase el tiempo, el cual se refleja en nuestra apariencia física, pero en la esencia seguimos siendo iguales.

Lo que aprendimos esa noche es que debemos cultivar las expresiones de romanticismo, para que al llegar a la vejez sea para nosotros natural caminar tomados de la mano, y de repente detenernos en una esquina para darnos un beso, que nos haga vibrar como en aquellos lejanos días cuando queríamos detener el tiempo para hacer eterno el contacto de unos labios ardorosos, que seguirán siendo los mismos y que siempre estarán esperando por esa anhelada caricia. Que nada nos impida seguir teniendo detalles, salir juntos a comernos un helado o a tomar un café y que en el momento menos pensado se escuche por iniciativa de cualquiera de los dos la romántica propuesta: “¡Te invito a bailar!”.

Podríamos seguir describiendo varias situaciones propias del comportamiento de la pareja en la adultez, pero la esencia de este capítulo es dejar un mensaje que, si es recibido por una pareja joven, le sirva como motivación para que se prepare para convivir al final del camino de una manera gratificante. Y que si es recibido por una pareja mayor, pueda revisar el modo de vida que está llevando y se anime a hacer los cambios que sean necesarios para disfrutarla hasta el último momento que Dios les permita vivir juntos.

Imagina por un instante cómo será la vida si llegan juntos a la edad de adultos mayores. ¿Cómo será un día rutinario?, ¿cuáles serán las actividades que ocupen su tiempo?

Desde muy temprano se pueden detectar señales que visualicen el comportamiento, y la idea es que desde este mismo instante las evaluemos para tomar los correctivos necesarios.

El ideal es que esa etapa final sea de paz, de reposo y de gozo, para que además ustedes como pareja le puedan entregar a los suyos la esencia de la experiencia, la sabiduría que sólo se obtiene con el paso de los años, y el amor que es el mayor tesoro como testimonio de permanencia y fidelidad a esas promesas que se hicieron en los años de juventud.

Una de las amenazas que se cierne sobre la pareja en todos los instantes de la vida, pero especialmente en la edad adulta, es el espíritu conflictivo. Vale la pena que nos deten-

gamos a escudriñar en qué consiste y qué nos propone Jesús para combatirlo.

Podemos definir el espíritu conflictivo como una insatisfacción, aparentemente sin razón, que surge en la persona ante las diversas situaciones de la vida cotidiana. Muchas veces encontramos que a alguien que tú conoces o a ti mismo o a ti misma, te molesta, te saca de casillas una situación, que para otros es intrascendente o que simplemente se puede manejar sin conflicto.

Cuando esto ocurre, es un buen momento para detenerse y preguntarse varias veces: ¿por qué? Al ir contestando cada vez que te formules el interrogante, descubrirás que no hay razones para irritarse o, por lo menos, que no vale la pena entrar en conflicto. Encontrarás que se puede dialogar, tú mismo o tú misma entrar a solucionar la situación sin necesidad de gritos o de actitudes que generan desazón y rompen la armonía.

Otro elemento que te ayudará mucho, será identificar qué es lo que realmente te incomoda de la persona que está relacionada con la situación que te ha generado el disgusto. Escribe una lista de lo que te molesta de ella y luego revisa cada una de las razones para ver si te ves reflejado o reflejada. Quizás descubras que algunas cosas que te fastidian de ti mismo o de ti misma son las que no toleras en otros.

Siempre recordaré la enseñanza que me dio Bob, un hombre de unos 60 años, que periódicamente visitaba como asesor la empresa en la cual yo laboraba. Habíamos tenido la

oportunidad de realizar varios trabajos juntos, haciendo procesos de reingeniería en varias de las áreas de la organización. Esto nos había dado la ocasión de conocernos y de entablar una relación que fue más allá de lo laboral y de lo técnico.

En una de sus últimas visitas le pedí que tuviéramos un momento para hablar de algo personal, relacionado con dificultades que yo estaba teniendo especialmente en la relación con mi nuevo jefe, y los cambios que se venían venir desde la presidencia de la compañía. Después de escucharme pacientemente y cuando yo esperaba una serie de indicaciones de tipo técnico, Bob me sorprendió con una respuesta que se ha convertido en una de las más grandes lecciones que he aprendido en mi vida. Me dijo: "**A cada persona que tengas al frente, mírala con los ojos que la vería Jesús.** Piensa, ¿qué haría Jesús en este momento?, ¿cómo recibiría sus palabras y sus acciones? Y luego descubre a Jesús en esa otra persona. Piensa que la persona con quien tienes el conflicto es Jesús y háblale como si le estuvieras hablando a Él. Reacciona como si estuvieras frente a Él. Esto te dará una visión diferente de la situación y encontrarás la paz, aún en medio de la tormenta".

Yo me quedé pensativo por varios días, hasta que entendí que debo ver a la persona con quien tenga la dificultad como alguien necesitado, alguien que también ha sufrido y que necesita ser comprendido y acogido con amor. Y aprendí que si tengo la paz que da Jesús, seré un hombre de paz.

La Bienaventuranza dice:

> *"Bienaventurados los hacedores de paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mt 5, 9).*

Para finalizar este proceso, te invito a que ahora mires hacia el futuro. Toma unos momentos en tu sitio de recogimiento y deja que tu mente se proyecte algunos años para imaginar: ¿cómo te ves con tu pareja, con tu familia? ¿Cómo te ves tú mismo o tú misma en las diferentes áreas de la vida?

Con mucha esperanza pronuncia una oración, en donde le pidas a Dios una visión de fe en la cual te muestre lo que Él quiere para ti y para tu pareja. Permite que el Espíritu Santo te haga disfrutar desde ahora de esa vida plena en Dios, vida que se prolonga en la eternidad. Deja que tu mente vuele sobre los obstáculos y los modelos de vida que en este momento parecen imposibles de cambiar, y abre tu corazón para que te des la oportunidad de soñar con una vida gratificante, de mucho gozo, al final del camino.

Ahora responde por escrito a las siguientes preguntas:

- ¿Cómo me imagino la vida con mi pareja dentro de tantos años? (Tú pones el número de años: cinco, diez, quince, veinte…). Piensa en las diferentes áreas de la relación: el diálogo, la sexualidad, la familia, la economía, el trabajo, el tiempo libre, la recreación, la salud, los amigos, la espiritualidad.

- ¿Qué voy a hacer yo para que al final del camino nuestra vida sea de gozo y plenitud?

Guarda las respuestas que diste para que periódicamente estés chequeando los avances que has tenido y si es del caso agregarle nuevos objetivos o ajusta los que te habías propuesto.

Por nuestra parte, cuenta con nuestras oraciones para que se cumpla el plan que Dios concibió para ustedes y mantengan encendida la llama del amor.

EPÍLOGO

"Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo" (Ap 3, 20).

La pregunta que con frecuencia nos formulan cuando terminamos algún proceso es: ¿y ahora qué sigue? Quizás es el mismo interrogante que tienes en este momento, la respuesta comienza diciendo que éste no es un momento de terminación, más bien, es una oportunidad para volver a empezar.

Al haber realizado un recorrido por diversos aspectos de tu vida, en lo personal, en lo relacionado con tu pareja, en lo familiar y en la proyección, te enfrentas a grandes retos, a grandes oportunidades que hoy están en tus manos. Por eso, cuando nos preguntamos: ¿y ahora qué sigue?, la respuesta puede ser otra pregunta: ¿y ahora qué quieres hacer con tu vida?

Hay una constante en el actuar de la mayoría de las personas, y es que buscan a Dios y se entregan a la oración cuando tienen algún problema grave, ya sea de índole familiar, laboral, económico o de salud, práctica que con frecuencia abandonan un tiempo después de superado el obstáculo que la motivó. La propuesta que te hacemos es que adquieras una disciplina de crecimiento espiritual que será la fuerza, el motor que te impulsa a navegar por la vida con la confianza puesta en Dios, sabiendo que los problemas forman parte de la cotidianidad, pero que con esta práctica que es fruto de una decisión que tú tomes, los podrás enfrentar con la paz y con la sabiduría que da el Espíritu de Dios.

Incorpora a tu rutina diaria la lectura orante de la Palabra de Dios, dedicando un buen momento al comienzo del día a leer el texto de la Biblia, que corresponda a la secuencia que la Iglesia propone, de tal manera que lo que allí dice se haga vida en ti. Permite que este momento sea tan especial en tu vida que se vuelva indispensable, porque comprendes el texto, identificas los personajes que intervienen, el mensaje central, te preguntas qué te dice para este momento de tu vida y lo aplicas tomando las decisiones a que te invita.

Es muy importante que te vincules con tu familia, a algún movimiento de la Iglesia, de la pastoral familiar, a un grupo de oración, a una comunidad, donde se puedan capacitar y así convertirse en líderes de excelencia, mensaje-

ros del amor para el mundo entero. Todo esto será un apoyo para continuar tomado o tomada de la mano de Dios.

Busca con urgencia una forma de proyección a través del servicio a otros, empezando por la capacitación que debes tener de una manera sistemática, en áreas de liderazgo, servicio a la comunidad, pastoral, bíblica y doctrina de la Iglesia. Hay muchas personas a tu alrededor muriendo de sed, sin saber qué hacer, que van sin rumbo por la vida, tú estás siendo llamado o llamada a ayudar a otros, aun desde tu pequeñez, aun desde tu dificultad.

Hay múltiples formas de hacerlo: orar por las necesidades de los demás, escuchar a quienes necesiten orientación, hacer un acompañamiento a quienes viven en soledad, abordar con valentía a quienes están pasando dificultades y no piden ayuda, promover encuentros y reuniones en tu parroquia o en tu entorno y apoyar económicamente a las personas e instituciones que se dedican a la evangelización y a la promoción de lo valores cristianos.

Eres una persona muy valiosa, una maravilla hecha con las manos de Dios, Él fue quien te creó para ser feliz, disfruta al máximo todos los momentos que Él te permita vivir y permite que Él actúe a través tuyo, préstale tus pies para ir a donde Él te lo pida; préstale tus manos para levantar a quien Él te indique, para acariciar a quien Él te pida, para señalarle el camino a quien Él quiera orientar. Préstale tus oídos para escuchar a aquel a quien nadie escucha y préstale tus labios para darle una voz de aliento a quien está desanima-

do, para consolar al que esté triste, para exhortar a quien lo necesite, para levantar la autoestima de quien cree que no vale y, sobre todo, para hablarle del amor de Dios a todo aquel que se ponga en tu camino.

Recuerda que Él siempre está a tu puerta, esperando que le abras para que lo invites a compartir tu vida, para sentarse a comer contigo y para acompañarte y guiarte en todo momento.

Ha sido muy grato compartir contigo lo que viviste a través de este escrito, te invitamos a que compartas lo que significó para ti con muchas personas y a que te dejes guiar por esa suave y grata presencia del Espíritu de Dios.

Para nosotros también ha sido una experiencia transformadora y renovadora que nos permitió revisar una vez más aspectos clave de la relación de pareja y de familia.

Cuando escribimos las primeras líneas de este libro, mirábamos a nuestros hijos completamente inmersos en sus preocupaciones propias de estudiantes, dependiendo de nosotros para la satisfacción de sus necesidades básicas y no imaginábamos los cambios que ya pronto vendrían.

En ese proceso tan natural, tan bello y en su momento doloroso, en el que vemos levantar el vuelo a esos seres que un día vimos nacer, nosotros también vimos cómo nuestros hijos, especialmente los mayores, comenzaron a buscar su rumbo en la vida.

Llegó el momento de sentir que ya no dependen de nosotros, que ya tienen sus propios recursos, sus proyectos, sus planes. Y aunque en el corazón de padres se siente como si se desprendiera una parte del alma, también se siente el gozo y la alegría de verlos volar libres, felices en la búsqueda de su propia realización.

Nuestro hijo mayor viajó, por razones de trabajo, a tierras lejanas y allá encontró la mujer que Dios le tenía destinada como esposa, por ella habíamos estado orando desde que Jorge Humberto era un niño y hoy vemos con gozo que Él nos escuchó, porque en Ángela María está la respuesta a ese anhelo de todos los padres de ver a sus hijos felices al lado de alguien que los ame, los apoye y los levante en los momentos de prueba.

A medida que se iba acercando la fecha fijada para el matrimonio, fue creciendo en mí un deseo ferviente de plasmar en un escrito las claves para un matrimonio feliz. Surgieron unos versos que con la ayuda de mi gran amigo Víctor Hugo Suárez, se convirtieron en canción, la cual interpretamos con Isabel el día de la boda. Esa misma canción le ha dado nombre a este libro y en este cierre, en la última página, queremos compartirla contigo como la conclusión de lo que hemos querido expresar.

Deseamos que el amor infinito de Dios sobreabunde en ti y en tu familia y que se abran sendas nuevas de plenitud y de mucha esperanza.

Dame tu mano... Toma la mía

Amada mía, novia mía,
amor de mis amores,
de Dios sus bendiciones,
razón de mi razón.

Amado tuyo, novio tuyo,
yo nací para quererte,
te doy gracias por quererme
y aceptarme como soy.

Amada mía, novia mía,
ante todos hoy me entrego,
a quererte estoy dispuesto,
hasta cuando quiera Dios.

Amado tuyo, novio tuyo,
como eres te recibo;
ese es nuestro compromiso,
corazón a corazón.

Dame tu mano, toma la mía,
el mundo entero es de los dos
y si hay espinas en el camino,
no tengo miedo, tengo tu amor.

Dame tu mano, toma la mía,
tenemos mucho que conquistar,
con Dios de guía sólo un camino,
juntitos somos felicidad.

Dame tu mano, toma la mía,
enamorados hacia el altar;
tú, esposa mía, yo siempre tuyo,
caminaremos hasta el final.

Impreso por
Linotipia Martínez
www.linotipiamartinez.com